

La Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año XIII

BARCELONA 9 DE JULIO DE 1894

Núm. 654

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Los pollos de las pepitas de oro.* - *El torero. Su vida y milagros* (continuación), por Florencio Moreno Godino. - *Verdades y mentiras*, por R. Balsa de la Vega. - *Recompensas póstumas* (Episodio de 1836), por Angel R. Chaves. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - ¡Vencido! (conclusión), novela por Juan de la Brette, con ilustraciones de Marchetti. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Locomoción aérea en Knoxville, Tennessee (Estados Unidos).* - Libros recibidos.

Grabados. - *La mesa grande*, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo. - *El torero á mediados del presente siglo*, dibujo de D. Perea. - *M. Juan Casimir-Perier, nuevo presidente de la República francesa* (de fotografía de Ogerau, de París). - *El invierno. Alrededores de Sevilla*, cuadro de Manuel García Rodríguez. - *Asesinato de M. Carnot en Lyon en la noche del 24 de junio último*, dibujo de E. X. - *Vendedora de flores*, cuadro de Edmundo de Pury. - *Una fiesta en el serrallo del sultán de Palmira*, cuadro de A. Rivas. - *Mary*, cuadro de Manuel Felú D' Lemus. - *La fiesta del cumpleaños de Herodes*, cuadro de Eduardo Armitage. - *Locomoción aérea en Knoxville, Tennessee (Estados Unidos).* - *Monumento erigido en Bedford á la memoria de Juan Howard.*

ADVERTENCIAS

En nuestro deseo constante de corresponder al favor que el público nos dispensa, ofreciéndole en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los más notables y variados trabajos, así en el texto como en los grabados, tanto nacionales cuanto extranjeros, hemos adquirido á fuerza de no pequeños sacrificios la propiedad de una preciosa novela francesa de Saint-Juirs, *Le cabaret des Trois-Vertus*, magníficamente ilustrada por el célebre dibujante español Urrabieta Vierge, que comenzaremos á publicar en uno de los próximos números.

La traducción de la expresada novela la hemos confiado al eminente escritor y crítico D. José Yxart, cuyo nombre es la mejor garantía de la bondad del trabajo que le hemos encomendado.

Con uno de los próximos números repartiremos el tomo tercero y último de NERÓN.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Estatua de Velázquez. - Ingratitud nacional. - Caracteres de tal afecto. - Necesidad de reparar sus desventajas y enderezar sus entuertos. - Muerte de Federico Madrazo. - Consideraciones sobre su familia y sobre su arte peculiar. - Mujeres hermosas de Madrid por los tiempos de Federico Madrazo. - Artísticos funerales de éste. - La Condesa Gasparín. - Sus libros. - Su carácter. - Su influencia. - Conclusión.

I

Quéjense, así en Italia como en Francia, del número de varias estatuas que pueblan sus principales poblaciones, erigidas por una gratitud muchas veces sin posible justificación y consagradas á personas poco dignas de la inmortalidad. No alabaré yo la estatuomanía reinante allende las fronteras: que jamás alabé ningún exceso. Pero, si ha de haberlos siempre, á causa de la irremediable naturaleza del género hu-



LA MESA GRANDE, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

II

Cecilio Plá
Madrid 1892

mano, precisa preferir el exceso de gratitud, en tierras extrañas existente, al exceso de ingratitud, existente aquí, en esta nuestra tierra. ¿Querréis creer que no tenemos en Madrid una estatua de Velázquez? Cuatro nombres componen la constelación más hermosa del cielo de nuestras letras y artes: Lope, Cervantes, Velázquez, Calderón. Pues bien: Cervantes y Calderón tienen dos estatuas, pésimas, impropias de nuestro gran genio escultórico; no efigies, caricaturas, en tanto que Velázquez y Lope no tienen estatua ninguna, como si nada hubieran aportado al acervo común de nuestras glorias los dramas del uno y los cuadros del otro, considerados en la sucesión de los siglos como inmortales obras, de esas que muestran el humano espíritu rayando en lo sobrenatural y en lo divino, si recibe la visita de celestiales inspiraciones, por las que pone al humilde alcance de la viva realidad el revelador asomo de la perfección absoluta. Y cuenta que no pecamos nosotros, ni por falta de inspirados escultores, ni por falta de inmortales simulacros. Becerra en la capilla del Condestable, Berruguete en las catedrales de Avila y Toledo, Roldán y Montañés en Sevilla, Moura en Monforte, Sarcillo en Murcia, Hernández en Valladolid han esculpido efigies del Tostado, de Santa Teresa, del Cardenal Tavera, de Loyola y de cien otros, que no diré compitan allá con las estatuas griegas, porque tal competencia quizás no pueda en lo humano intentarse; pero sí con las ofrecidas por Samorino en Venecia, por Donatello y Miguel Angel en Florencia, por Delorme y Guyon en París, por Kraff en Nuremberg, por Bernino en Roma, por todos los escultores conocidos en todas las naciones de nuestros continentes y en todas las edades varias de nuestra era cristiana. Mas únicamente han reproducido imágenes relativas á la Monarquía y á la Iglesia, fuera de algún recuerdo esculpido en los sepulcros y enterramientos. El carácter monárquico y eclesiástico de la civilización española explica la copia de reyes y de santos en altares y palacios, con la inopia de imágenes, á las cuales podríamos llamar civiles y laicas, en plazas y calles. Mientras los peores monarcas nuestros, los más zaheridos por la crítica y los más odiosos á la posteridad, un Rodrigo que nos entregó al moro, un fratricida como Enrique II, un malvado como Fernando VII, tienen estatuas por doquier, no las tienen genios verdaderos que han resplandecido en la historia con refulgente esplendor y bienhechores que han servido á la humanidad y á la patria con extraordinarios servicios. El pueblo de Madrid, cuyos interesantísimos anales guardan hechos tan gloriosos y cuyo almanaque histórico nombres tan imperecederos, vió elevarse á la entrada del Prado cuatro estatuas conmemorativas de cuatro gloriosos hijos suyos, y á título de malas, hanlas depuesto de sus pedestales sin esperanza ninguna de reposición: grande temeridad, pues si todas las estatuas malas esparcidas por las calles madrileñas hubieran de quitarse á tal mácula, quedarían pocas, muy pocas, en sus puestos. Hay, pues, que ganar el perdido tiempo y ofrecer á nuestras glorias científicas, literarias, artísticas, militares, de todos géneros y procedencias, el homenaje debido á los hijos excelsos por una grande nación, que se reconoce á sí misma como una é idéntica consigo en toda la sucesión de los tiempos, magüer fraccionamientos y emulaciones, debidos á necesidades imperiosas de la política más que á imposiciones incontrastables de la naturaleza. Debe decirse muchas veces para que lo sepa toda España: es una vergüenza nacional que no tenga Madrid estatua de Velázquez. Las Cortes debían haber enmendado esta falta y ocurrido á esta necesidad, no permitiendo que corporaciones particulares más ó menos autorizadas y ofrendas privadas más ó menos espontáneas hagan privilegio de clase y cosa de oficio el homenaje debido por todos los españoles al pintor incomparable, cuyo pincel, sorprendiendo el secreto de copiar la vida en sí, como de fijar la realidad, parece haber dominado, cual si fuera cetro etéreo, el universo y vencido con sus esfuerzos sobrehumanos y con sus obras inmortales á la misma muerte.

II

Un ilustre pintor ha muerto, Federico Madrazo, y ha muerto sin que le abandonara un punto la característica de su genio, la eterna juventud. Madrazo lo

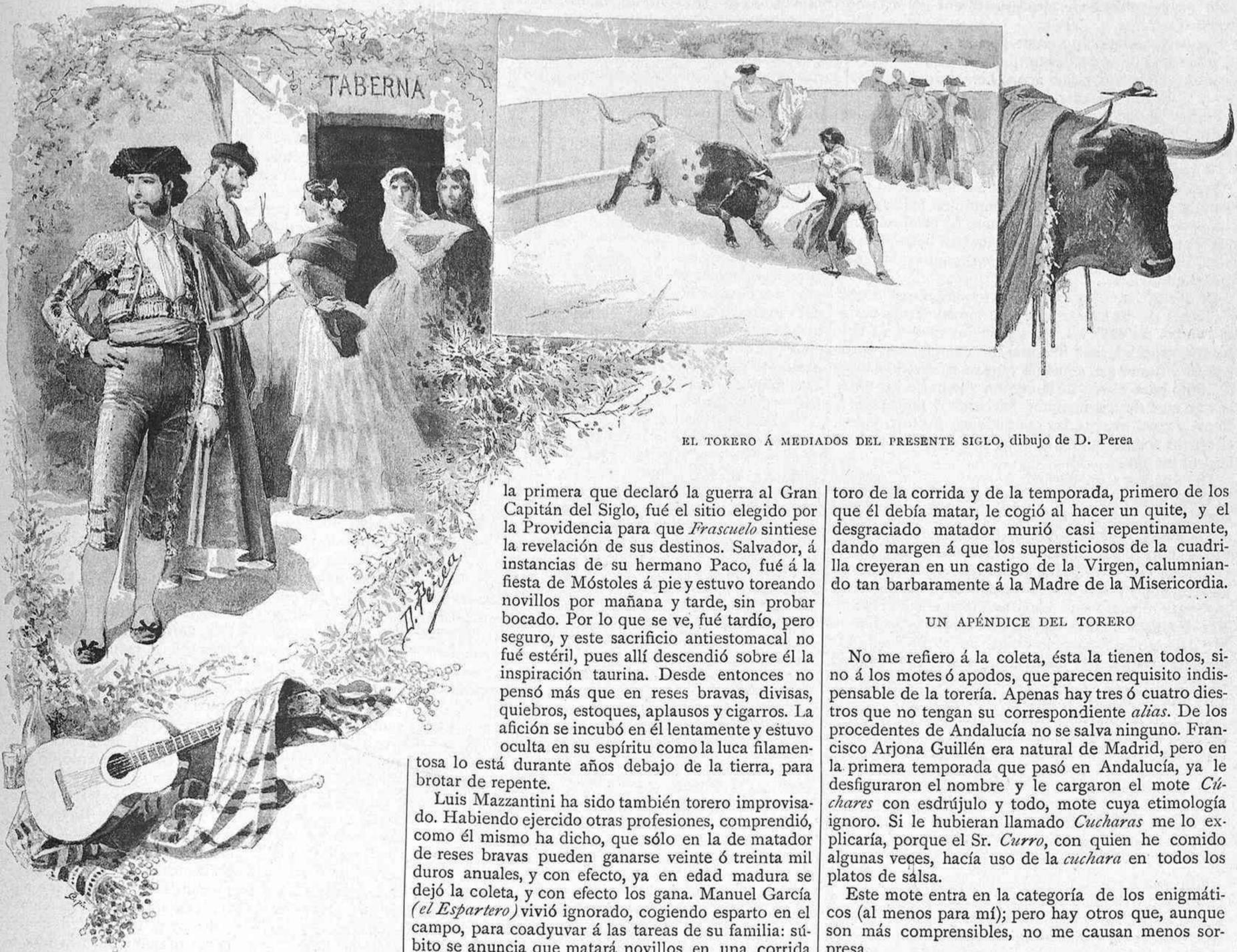
veía todo, y con especialidad los modelos y tipos, á quienes retrataba en rosácea nube, la cual, trasladados al brillantísimo lienzo, reproducían ó reflejaban en sus frentes circuídas de un feliz nimbo y en sus ojos animados por una eternal alegría. Constituyen los Madrazos una familia casi regia de pintores, junto á la familia de monarcas. Académicos, fríos, correctos, convencionales, sabios, de mucha técnica y de poca inspiración, aparecían, más que los otros émulos y competidores suyos, los López y Aparicios, por ejemplo, como pintores esencialmente cortesanos y á la corte adscritos, cual uno de sus funcionarios más indispensables y aparatosos. Yo los recuerdo todavía, en una especie de sitio real extendido cerca de Neptuno, entre la entrada occidental del Retiro y la entrada norte del Museo, recibiendo allí los homenajes oficiales de la juventud artística y retratando las imágenes de toda la dinastía borbónica con todos los deudos vivos de ella, hasta el cuarto grado, residentes en Madrid. Esta ocupación excepcional habíale dado tal competencia y tal tecnicismo, un aire tan fino y unas maneras tan distinguidas, que casi constituían el tipo semi-anglo y semi-franco de una tradición casi litúrgica, la cual patentizaba su maestría con su ciencia y su experiencia, solamente comparables al trato, que unía en sí mismo la invariable amabilidad para todos con una indiferencia en todo, á primera consideración incompatibles, dado el temperamento nervioso de un artista, fácil á las emociones, pero que se habían en ellos compadecido, pues eran verdaderos maestros de su arte. Madrazo, fundador de la dinastía, siguió á David, al gran pintor de Francia, como seguían los Borbones, sus augustos ídolos, la política de Francia, lo mismo Felipe V que Carlos III, y Carlos III que Fernando VII, y Fernando VII que Isabel II, sin enterarse de si mandaban allí los Borbones, ó los Bonapartes, ó los Orleanses, ó el demonio. No hay más que ver un cuadro del patriarca Madrazo, el padre y abuelo de todos, el Abraham, para observar á primera vista su congruencia con la escuela de David, escuela esencialmente francesa. Federico siguió las huellas de su padre, y continuó el sacro rito en los cuadros de gran composición y con especialidad en los cuadros pertenecientes al conocido género que denominamos de Historia. Pero tuvo en otro género de pintura, importantísimo también, tuvo en la pintura de retratos una maestría que le dió en la familia con su primogenitura natural su primogenitura pictórica. El cetro pasó á sus manos, que lo empuñaron en verdad con gloria, no sólo por el derecho hereditario, por la universal elección. El individualismo, connatural á las instituciones y á las prácticas liberales, pedía un gran pintor de personalidades más ó menos ilustres, y este pintor fué nuestro gran Madrazo. Encontróse con unas generaciones de hombres ilustres y de mujeres hermosas, á quienes el nuevo espíritu social daba un carácter no conocido hasta entonces, y los retrató, favoreciéndolos un tanto, pero á la postre retratándolos hasta dejarlos fijos en el lienzo é impelerlos así en obras maestras á la inmortalidad. Perdonad á un viejo si dice, por aquello de como «á nuestro parecer cualquier tiempo pasado fué mejor,» cuánto abundaban en su mocedad las mujeres hermosas y cómo estas hermosuras sedujeron á Federico Madrazo en términos de verlas siempre y en todas partes hermo-seándolo todo y hermo-seando á todos. Quien jamás vió á la duquesa de Alba en su palco del Real con aquella no aprendida elegancia natural; á Eugenia Montijo en los toros, llevando su blanca mantilla sobre la estatuaría cabeza; el busto romano de la Campo Alange, dentro de la litera cuando iba desde su palacio al palacio Real en Jueves Santo; la Miranda por el Prado en guisa de una dama del jardín de Rubens, que se hubiese apartado viva del cuadro inerte para trastornar los sentidos de cuantos la encontraban; el aire majestuoso de nuestra duquesa de Medinaceli con su apostura sin par, su bocito de ruiseñor sobre los labios de granada, sus ojos negros trayéndonos con el sol de Andalucía el más esplendente aún de su viva inteligencia; quien jamás vió tales mujeres, jamás comprenderá tampoco en la vida cómo de tanta beldad se llegó á empapar sin remedio la paleta de Madrazo, cual una mariposa veloz y ligera suele teñirse de la flor que acaricia, respirando su aroma y nutriéndose de su miel, pétalo con alma;

y cómo á la manera de los que se ponen á mirar mucho tiempo al sol y luego ven cien soles en el espacio por obra del deslumbramiento de la vista, él veía todos aquellos hermosísimos y numerosos modelos á quienes retrataba, en todos tiempos y en todas partes, como hiptonizado en un sueño magnético por su hermosura y por su gracia. Deseémosle allá en la gloria que le haya recibido una legión de ángeles parecidos al coro de beldades á quienes ha retratado aquí en el mundo.

III

Las crónicas europeas deben llamarse necrologías verdaderas. En cada cual de éstas necesitamos grabar con duelo el nombre de un desaparecido, entre los que dejan rastro de su camino en el tiempo y en el espacio. Tras el nombre de pintor como Federico Madrazo, recordemos el nombre de escritora como la condesa Gasparín. Pocos días mediaron entre el severísimo entierro protestante de ésta en Ginebra y el aparatoso entierro católico de aquél en Madrid. Con mucho arte nuestros pintores convirtieron las salas del Museo en capilla ardiente, donde se veía, entre los resplandores de cirios funerarios y los rocíos de agua bendita y el clero con sus salmodias de cantos litúrgicos, á la cabecera de la mortaja en que yacía su maestro, el Cristo de Velázquez inclinando al suelo su divina cabeza, en señal de haber cargado con todas nuestras culpas, y la Concepción de Murillo, subiéndolo al cielo sobre luz etérea y con los ojos místicos puestos arriba, en significación de la plegaria, de la fe, de la esperanza, de todo lo que consuela y de todo lo que fortifica en el mundo, asegurándonos la inmortalidad. A la cabeza del ataúd que ha recogido los restos de la escritora helvética, no pueden la piedad por los muertos y el recuerdo que les consagran los vivos entre los suyos poner esas obras de arte, por el temperamento iconoclasta de la Reforma rechazadas en su liturgia, pero sí libros de un alto sentido moral y de un sublime pensamiento religioso, escritos para prosperar aquellas virtudes que unen á los humanos entre sí con aquel amor á las grandes idealidades que hacen de la tierra un cielo y abren á la idea los horizontes inmensos de la eternidad. En muchas obras literarias hay explicaciones más ó menos amplias é historias más ó menos exactas del influjo ejercido por Ginebra en la cultura moderna. La célebre adopción de Calvino por esta ciudad cultísima; el nacimiento en ella de Rousseau, que hizo con su elocuencia revolucionarias á las madres en su tiempo; la residencia de Voltaire en aquellas campiñas, donde levantó una especie de laico santuario al dios de su espíritu; el salón de madame Stael, parecido á un congreso de ideas representadas por gentes de primer orden, han dejado en la posteridad recuerdos parecidos á los que despertaban entre los antiguos aquellas escuelas filosóficas, donde disciplinaban su espíritu estadistas como Pericles y su elocuencia mujeres parecidas á verdaderas musas como Aspasia. Yo recuerdo haber conocido á la condesa Gasparín por un libro de su esposo, publicado en el momento de comenzar la guerra norteamericana y de despuntar una estrella de primera magnitud, el alma de Lincoln, á redimir el negro de su servidumbre, implantando en las leyes y en las instituciones republicanas de allende los mares el principio divino de la igualdad cristiana. Movido yo entonces por las mismas ideas; confiado, según el optimismo innato á mi alma, en el triunfo de la justicia; presintiendo que había de mover un día con mi palabra el Parlamento español á romper las cadenas de los negros, leí el inspirado libro con una devoción suma y tomé fuerzas é impulsos de su creador aliento para comenzar y prosperar una idea de redención, á la cual van unidos los primeros discursos dichos por mí en el Parlamento y los primeros actos hechos por mí en el Gobierno. Desde aquel entonces no dejé de leer obra ninguna de las escritas por el conde y la condesa en su vida, inspiradas por un espíritu cristiano y por un sentimiento liberal, que habrán de arraigar cada día más en las sociedades contemporáneas, si quieren salvarse de los sendos escollos, contra los cuales pueden á una destruirse con suma facilidad, en lo metafísico el ateísmo que devasta las almas, y en la política el socialismo que amenaza todos nuestros derechos.

Madrid, 30 de junio de 1894.



EL TORERO Á MEDIADOS DEL PRESENTE SIGLO, dibujo de D. Perea

EL TORERO

SU VIDA Y MILAGROS

(Continuación)

DE CÓMO Y CUÁNDO VIENE LA VOCACIÓN TORERA

Sobre esto hay varios pareceres y nada se sabe de fijo. Algunos creen que el torero, así como el poeta, nace, no se hace. Otros suponen que para la torería es necesario afición y ejercicio desde temprana edad. Yo no estoy en absoluto conforme con estas dos hipótesis, é intentaré probarlo con ejemplos. *Curro Cúchares*, de niño, entró en un corral de toros en Sevilla, y sorprendido por la llegada de las reses que volvían del campo, se ocultó en un pesebre, en donde encaramado pasó toda la noche para evitar el contacto de los amables cornúpetos, sus compañeros de posada. *Lagartijo*, muy mozo, se introduce también en el matadero de Córdoba, y es expulsado por torear subrepticamente, según cuentan las crónicas. Como se ve, estos dos diestros tuvieron afición precoz y sin embargo no han sido los mejores. En cambio, Francisco Montes se dedicó ya talludito á la lidia, y ha sido el rey del toreo. Cayetano Sanz y Angel López (*Regatero*) fueron zapateros antes de dejarse crecer la coleta, y ambos han sido notabilísimos diestros, el uno como espada y el otro como banderillero. Pero para que no se diga que me refiero al tiempo de la Nanita, citaré hechos más fehacientes, porque están más próximos. Manuel Domínguez (*Desperdicios*) se va á América á probar fortuna, y por vocación súbita vuelve hecho un torero. Pero hay otro ejemplo más reciente y de más relieve, puesto que se trata de un diestro que ha absorbido la afición taurina de la actual generación. Salvador Sánchez (*Frascueto*) no sintió desde la niñez la predisposición á la lidia de toros. Peón de obras de ferrocarril, primero, y después papalista en Madrid, el joven artesano no se acordaba entonces ni por asomo de toros ni de toreros. Móstoles, la gran villa de Móstoles, situada en la cercanía de Madrid, célebre por sus *órganos* y por haber sido

la primera que declaró la guerra al Gran Capitán del Siglo, fué el sitio elegido por la Providencia para que *Frascueto* sintiese la revelación de sus destinos. Salvador, á instancias de su hermano Paco, fué á la fiesta de Móstoles á pie y estuvo toreado novillos por mañana y tarde, sin probar bocado. Por lo que se ve, fué tardío, pero seguro, y este sacrificio antiestomacal no fué estéril, pues allí descendió sobre él la inspiración taurina. Desde entonces no pensó más que en reses bravas, divisas, quiebros, estoques, aplausos y cigarras. La afición se incubó en él lentamente y estuvo oculta en su espíritu como la luca filamentososa lo está durante años debajo de la tierra, para brotar de repente.

Luis Mazzantini ha sido también torero improvisado. Habiendo ejercido otras profesiones, comprendió, como él mismo ha dicho, que sólo en la de matador de reses bravas pueden ganarse veinte ó treinta mil duros anuales, y con efecto, ya en edad madura se dejó la coleta, y con efecto los gana. Manuel García (*el Espartero*) vivió ignorado, cogiendo esparto en el campo, para coadyuvar á las tareas de su familia: súbito se anuncia que matará novillos en una corrida de Sevilla, sin haber sido banderillero.

Estos ejemplos prueban que la vocación taurina no tiene período fijo de desarrollo.

He oído también decir que la superstición, agüero ó como quiera llamarse, es inherente á la profesión de torero; pero yo sólo puedo asegurar que los pocos diestros que he tratado han sido agoreros y supersticiosos, como la mayoría de los jugadores; lo cual no es extraño, pues aquél y éstos se confían al azar. Allá por los años 54 ó 55, un amigo me llevó por primera vez á casa de Cayetano Sanz, que estaba entonces en el apogeo de su toreo. Actuaba y competía con Julián Casas (*el Salamanquino*) en la plaza de Madrid, y había realizado la maravilla de matar diez y ocho toros en seis corridas, solo y sin ayuda de la cuadrilla, que se quedaba en la barrera ó sentada al estribo. El día que yo fuí á casa del diestro debía verificarse la séptima corrida. Atravesé una sala y entré en un gabinete en donde estaba Cayetano almorzando. Después de los primeros saludos, reparé en un retablito que había en la sala, en el que á uno y otro lado de una efigie de talla de la Virgen de los Dolores ardían dos velas. La señora de Cayetano le servía el almuerzo, y éste le dijo:

- Pon dos velas más á la Virgen.
- ¿Por qué?
- Porque se me figura que esta tarde voy á tener un desavío.

En efecto, aquella tarde, después de haber matado sus dos primeros toros con su acostumbrado lucimiento, se fué al tercero, solo como siempre. Le trasteó en las tablas, y le dió una soberbia estocada. El toro estaba muy aplomado y herido de muerte, y Cayetano, muy confiado, hablaba con algunos del tendido. De repente la res casi moribunda se arranca con la misma rapidez que si saliera del chiquero, acosa al diestro, éste no tiene tiempo de saltar la barrera, es achuchado, y resulta con las costillas rotas.

La cogida y muerte de *Pepete* es otro caso de superstición. Sabido es que los diestros, antes de salir á la plaza, rezan una salve ante una imagen de la Virgen de la Soledad. *Pepete*, distraído con unos amigos, olvidó esta piadosa costumbre. El segundo

toro de la corrida y de la temporada, primero de los que él debía matar, le cogió al hacer un quite, y el desgraciado matador murió casi repentinamente, dando margen á que los supersticiosos de la cuadrilla creyeran en un castigo de la Virgen, calumniando tan barbaramente á la Madre de la Misericordia.

UN APÉNDICE DEL TORERO

No me refiero á la coleta, ésta la tienen todos, sino á los mote ó apodos, que parecen requisito indispensable de la torería. Apenas hay tres ó cuatro diestros que no tengan su correspondiente *alias*. De los procedentes de Andalucía no se salva ninguno. Francisco Arjona Guillén era natural de Madrid, pero en la primera temporada que pasó en Andalucía, ya le desfiguraron el nombre y le cargaron el mote *Cúchares* con esdrújulo y todo, mote cuya etimología ignoro. Si le hubieran llamado *Cucharas* me lo explicaría, porque el Sr. *Curro*, con quien he comido algunas veces, hacía uso de la *cuchara* en todos los platos de salsa.

Este mote entra en la categoría de los enigmáticos (al menos para mí); pero hay otros que, aunque son más comprensibles, no me causan menos sorpresa.

¿*Lagartijo*! ¿Qué quiere decir *Lagartijo*? Si es el masculino de *lagartija*, me parece un abuso; si es el diminutivo de *lagarto* debería ser *lagartito*; pero fuera de esto, ¿qué tienen que ver esos reptiles con el toreo ni con las condiciones físicas del diestro cordobés?

Esta deplorable aplicación de los apodos puede tener sus inconvenientes en la posteridad, dada de suyo á investigar particularidades de los muertos célebres. Un poeta clásico, no me acuerdo cuál, ha escrito las siguientes quintillas:

«En la más alta guardilla
de la casa en que yo habito,
vive el viejo *Lamparilla*,
zapatero el más bendito
que remendara en Castilla.
Sólo le dejó una hija
su difunta Nicolasa,
que por lo enclenque y canija
la llaman la *Lagartija*,
y ésta gobierna la casa.»

Pues bien: ¿quién sabe si en la posteridad, y basándose en estos versos, no puede haber un pedante taurino de esos que, á falta de investigaciones verdaderas, consignan hechos ó deducciones falsas, que quiera explicar á su modo el mote de *Lagartijo*? Quizá diga que este torero era canijo y *esmirriado*, como la hija del zapatero de las quintillas, ó que toreaba en postura horizontal, como suelen andar los reptiles.

Pues ¿y *Frascueto*? ¡Válgame Dios! ¡A cuántas suposiciones da lugar este apodo de *Frascueto*! La posteridad no se dará tal vez cuenta exacta de que por uno se llame Francisco, y en Andalucía se llame á los Franciscos *Frasquitos*, un hermano de un *Frasquito* pueda apodarse *Frascueto*. De aquí las deducciones falsas; puede que haya quien suponga que el famoso diestro era *moteado* así porque toreaba llevando en el bolsillo un frasquito de sales que aspiraba de vez en cuando para reponerse de sus sustos.

La posteridad es irresponsable como las estrellas: ¿quién va á pedir cuenta de sus mentiras á la una ó á las otras?

Hay mote aceptables, como por ejemplo, el de

Cara Ancha, pues en efecto este torero no la tiene estrecha.

Los hay pasados en presente, como el de *Espartero*, pues dejó de serlo desde que se dedicó al toreo; y pasados en futuro, como acontecerá con el de *Guerrieta*, si no se desgracia.

Pero el apodo intolerable es el de *Bebe*. ¿Qué quiere decir *bebé*? ¡Ya lo creo que beberá el muchacho agua y algunas veces vino y otros excesos! Este mote es, ó una inconveniencia, ó un galicismo sin acento.

Y lo más raro de todo es que los toreros no protestan y permiten que se les desfigure en los carteles con apodos tontos ó incongruentes. Al célebre picador de toros *el Coriano* le desfiguraban hasta el apellido, que era *Ledesma* y no *Lerma*, como consignaban al anunciarle.

Pero aún hay otra cosa más incomprensible que los motes de los toreros, y es la nomenclatura taurina. Todas las ciencias, artes y oficios tienen su tecnología especial; mas ninguna tan complicada, enredada y numerosa como la que se refiere á la torería. Sólo para clasificar la cuerna y pelo de los toros hay la mar de terminachos bárbaros ó pintorescos. Pues ¡y para marcar las condiciones del toro y describir los accidentes de la lidia! Consignarlos sería el cuento de nunca acabar.

Dejo hablar á un diestro:

«Encontré al *burel* (toro) en los *tableros* (junto á la barrera). Al *pesarle* (tantearle con la muleta) vi que era *ladrón* y *mosquito* (que cortaba el terreno y buscaba el bulto). Además *se recostaba del izquierdo* (acometía por este lado), *se cernía en las colás* (cabeceaba al acometer) y *derramaba* (esparcía la vista), y no tuve más remedio que *abanicarle* (torearle con la muleta desplegada en la espada en forma de abanico).» Me detengo aquí para no fatigar al lector, pues para muestra basta un botón. Ahora bien: como cuando se reúnen toreros, sólo suelen hablar de cosas anexas á su profesión, porque todavía no les ha invadido la política, es necesario para alternar con ellos llevar un glosario taurino; de no, se corre riesgo de oír hablar en *gringo*.

FLORENCIO MORENO GODINO

(Concluirá)

VERDADES Y MENTIRAS

Mañana ó pasado se clausurará la Exposición del Círculo de Bellas Artes. Dentro de pocos días se abrirá en Bilbao otro certamen de pintura y escultura. Como se ve, movimiento artístico no falta. Sevilla, Barcelona, Alicante precedieron á Madrid y á la capital de Vizcaya en lo de ofrecer público testimonio de cuánto les interesan las Bellas Artes. Y, justo es confesarlo: por lo menos, por lo que á Madrid atañe, el público se ha mostrado menos indiferente que otras veces, visitando la Exposición y adquiriendo obras de arte.

Pero veamos, examinemos con algún detenimiento el valor de la producción artística, no tan sólo desde el punto de vista de la idea representada, sino también desde el de la plástica. ¿Cuál es el derrotero nuevo? ¿Qué nuevas fórmulas estéticas se han iniciado? ¿Qué es lo que el artista de hoy siente y estima? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Adónde pretende ir?

He dicho ya, y creo que en estas mismas columnas, que visitando la Exposición del Círculo de Bellas Artes me sucedía que no podía prolongar más allá de quince minutos la estancia en aquellos salones. ¿Había obras malas, de esas que aun en las mismas Exposiciones nacionales, donde funciona un jurado de selección, sin embargo se ven? No; y á pesar de esto, yo salía del palacio de la Biblioteca fatigado, con un cansancio espiritual inmenso, triste, deseando ver los árboles de Recoletos, llenos de verdura, y el cielo azul, brillando el sol, la naturaleza, en fin, tal como ella se exhibe, aun cuando sea de modo tan raquítico y sujeto al arte cruel de la jardinería, como en este Madrid se muestra. Ya en la calle, miraba á la cara á las gentes y las veía de otro modo, como si aquellas figuras pintadas y que allá dentro en los lienzos acababa de ver me pareciesen imágenes de gente de una generación exenta de toda vida moral y física, faltas de voluntad, de sensibilidad, de sangre y de nervios; figuras de cera remedando en el gesto y la actitud las personas de carne y hueso. Y esto mismo me acontecía contemplando los paisajes y las marinas. Antojábaseme todo aquello obra pictórica, como obra hecha en otro planeta, por artistas que no conociendo la forma humana ni la del paisaje terrestre, trazasen éste y aquélla con sujeción á relatos más ó menos exactos y tan sólo por adivinación.

¡Sí; cierto que las figuras eran figuras con mayor ó menor acierto trazadas, y los árboles árboles, y el mar semejava el mar. Ciertamente que el color parecía como re-

miniscencia de algo visto en sueños, y que, merced á un soberano esfuerzo de la memoria, se recuerda al volver á la vida de la realidad. Ciertamente que no podía decirse de ninguna de todas aquellas pinturas que eran producto de pinceles desconocedores del tecnicismo del arte; pero cierto también que esos mismos pinceles no sintieron ni la verdad plástica ni la psicológica.

Pero no culpemos únicamente á nuestros artistas de esta falta de sentimiento estético, de esta falta de sentido artístico, de esta falta de sensibilidad. Culpe-mos también á la horrible incertidumbre que en todo orden de cosas nos abrumba. Culpe-mos asimismo á la apatía que respecto de cuanto se refiere á la cultura intelectual reina en las esferas del gobierno; culpe-mos al apocamiento moral y físico de esta raza, enervada por un aplanamiento de todas sus fuerzas, proveniente del cansancio que engendra la falta de ideales, y más que la falta de ideales el mezquino egoísmo de no luchar por el mañana. Todo esto contribuye á ese apocamiento de la vida artística, á que no se produzcan esas grandes obras que revelan pujanza, fuerza, virilidad ó delicadezas del espíritu.

El espanto parece pintado en el rostro, lleno de afeites, de la sociedad actual. El malestar que advierte lo mira como mira el linfático el esfuerzo continuado y enérgico que habrá de arrancarle de su muelle quietud, aun cuando esa quietud le acarree la muerte. A gusto en el machito que le han proporcionado hace tiempo, ve con terror cómo la senda por que camina se torna, de llana, en abrupta y áspera. Tiene que echar pie á tierra, y caminar como le sea posible. La cabalgadura ya no le sirve, y detenerse significa morir de hambre y de sed. Le aterra el inexorable grito del humano progreso, que imperioso le ordena ir adelante; pero adelanta en condiciones iguales á las del hombre que no tiene más auxilio que su esfuerzo mental y corporal. ¡Oh, sí, es horrible esto de verse obligado á llevar á costas también, como el más mísero de los humanos, el pesado peñasco de Sísifo! ¡Tan á gusto como se encontraba con leyes que le permitían vivir á costa de otros: con una organización social que le daba preeminencias políticas y sociales, sobre todos aquellos que tan sólo viven del sudor de su rostro; hasta tenía ya su formulario para pensar, para rezar, para juzgar. Le habían enseñado un credo político, y un credo social, y un credo religioso, y un credo científico, y un credo artístico, y un credo moral: ¿para qué nuevos aprendizajes, y nuevos ideales, y nuevas fórmulas de todo, cuando precisamente esas fórmulas y esos nuevos ideales le obligan á pensar, á ir á la lucha por la existencia, á vivir á expensas de sí mismo? ¿Qué hacer? Dejemos que pase el tiempo, que todo lo borra, y mientras tanto, ¡duro en cuantos inquietos pretendan trastornar la regular marcha de nuestra existencia!

Pero la marcha y desarrollo de las nuevas fórmulas sociales avanza al unísono con las necesidades que el progreso trae consigo. La amplia moral de aquella fórmula, más equitativa y justa que la actual, viene á ser el ánfora que encierra todo un código religioso; código predicado hace diez y nueve siglos y desfigurado por las interpretaciones que las conveniencias de ciertas clases de la sociedad hicieron de él *pro domo sua*. Y la lucha se ha entablado; y como quiera que el desconocido es siempre mirado con prevención, aun por aquellos que más serenos y más elevados son de espíritu; como quiera que ese desconocido lanza como grito de guerra ¡abajo prerrogativas, abajo desigualdades de la fortuna, abajo sofismas de la moral acomodaticia que hoy rige!, y á favor de esas prerrogativas y de esas desigualdades y de esos sofismas se ha erguido este edificio donde viven la apatía, el agiotaje, la insolencia y el egoísmo, esta es la razón que para combatir á enemigo que se apresta á derrumbar cosas sancionadas por larga serie de siglos, se saquen á plaza, esgrimiéndolas como armas defensivas, la necesidad de acatar lo que vienen enseñándonos la iglesia, las leyes, el honor; ¡ay! como si las doctrinas de Cristo, no interpretadas *ad libitum* por nadie, admitieran casuismos y desigualdades y el deshonor, y el hambre con la riqueza hermanada!

Y, claro está, cuando caducan las sociedades, es que fatalmente deben caducar. Por eso, las leyes del orden social y del orden religioso y del orden político no tienen, en esos períodos de decadencia, fuerzas inspiradoras, fuerzas impulsivas para que el espíritu vuele en busca de inspiración, de luz, de belleza. He aquí el porqué reconociendo en nuestros artistas, mejor dicho, en buen número de nuestros artistas, las facultades técnicas que se les deben reconocer, porque las tienen, sus obras carezcan de vida, de realidad y verdad sentida.

Verdaderamente es muy cierto que el artista no puede abstraerse del medio social en que vive; pero yo pregunto: ¿es que el artista puede ser tal, y como tal considerarse, falto de ideales, de inspiración y de esa supra-sensibilidad que le distingue del resto de los hombres? ¿Es que el artista no debe ni puede moverse, sino dentro de lo que «es» tan sólo, ó recordando lo que «fué»? ¿Es que el artista cree reducida su misión á pintar ó á esculpir como lo determinan estas ó aquellas «maneras» más en auge, y á llevar al lienzo las ideas sacadas á plaza hoy, mañana ya olvidadas?

No; no es ni puede ser considerado como artista el que únicamente sabe manejar la paleta ó el escoplo, el que únicamente reproduce con mayor ó menor acierto lo exterior de las cosas. Adivínase en los esfinges egipcios todo el espíritu religioso y guerrero de un pueblo, así como la idea que la patria de los faraones tenía de la eterna quietud y del inexorable fatalismo del destino. Adivínase en el concepto filosófico y en el sentido estético del arte griego cómo presentía la perennidad del espíritu humano frente á la fatalidad del telurismo, rebelándose el hombre contra el círculo de hierro en que pretendiera encerrarle aquél. Muéstrase en el arte medioeval cómo el alma busca en las abstracciones de una idea puramente ascética mayores espacios en que poder vivir, atmósfera de luz y de ensueños en que recrearse, huyendo de las terribles realidades de un estado social en constitución. Revélase en el Renacimiento el arte, aunando la verdad de la forma con la exteriorización de la idea, que pesa, llenándolo por entero, en el cerebro humano. En el período romántico, el pincel, el escoplo y la pluma anuncian cómo la humanidad tiende á encontrar un estado de equilibrio entre las ideas de ayer y las de hoy, entre las aspiraciones del espíritu y las necesidades de la materia, entre los egoísmos sociales y los generosos altruismos. ¿Cuál es al presente el ideal de nuestros artistas?

Sobre estos movimientos revolucionarios que acometen periódicamente á las sociedades todas; sobre estas épocas de luchas, ya religiosas, bien de carácter político ó social, está lo perenne, lo eterno, lo que vivirá mientras el universo exista, y él, un solo hombre, esto es, la Naturaleza con sus ríos y sus montañas, y sus valles, y sus bosques, y sus lagos, y sus tempestades, y sus días de sol, y sus ocasos y sus ortos, y el humano con sus pasiones, y sus vicios y sus virtudes, y su belleza plástica y sus deformidades, también estéticas, aun cuando así no lo crean muchos. Todo pasa al cabo, todo sufre transformaciones más ó menos radicales, menos la humanidad, menos la Naturaleza. Por eso creo firmemente en la desaparición del arte amarrado á la determinante científica, en cuanto esta determinante pretende anular la libre y espontánea manifestación del sentimiento. Por eso creo un absurdo buscar en las doctrinas de ninguna filosofía motivos para producir cuadros y estatuas. El arte tiene por misión exclusiva la de producir la belleza. ¡Cuántos millares de veces se ha repetido esto mismo!; y sin embargo de haberse repetido tanto, siempre se distancia el artista de esta verdad.

Épocas hay, como la presente, en que el arte debe buscar nuevas fórmulas á la expresión de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero. No seré yo quien, á pesar de lo que afirmo de que no es en las ideas contentientes, sean científicas, religiosas, políticas ó sociales, donde el arte ha de encontrar la suprema expresión de la belleza, el que anatematice al pintor ó al estatuario que vaya en busca de elementos, ora dramáticos, ora cómicos ó idílicos, al campo donde la lucha de aquellas ideas se realiza. La mina, la fábrica, la labor humana en todos sus aspectos plásticos y en toda su importancia, de carácter perenne, inmutable; las grandes miserias de ciertas clases con sus episodios hondamente elegíacos; las escenas, en fin, á que dan lugar egoísmos de escuelas y los impulsos generosos que informan nuevas ideas, todos estos elementos, en cuanto despiertan al unísono en los corazones una misma sensación estética y un mismo sentimiento, pertenecen por juro de legitimidad al arte; pero desde el instante mismo en que la idea expresada en el lienzo levante al propio tiempo aplausos y protestas, porque esa idea defiende ó ataque modos de sentir de individuos ó de colectividades, en ese mismo instante, por grande que sea la belleza técnica de la obra, morirá al cabo; que no es el destino del arte vivir la vida que una fórmula ó un sistema, sino eternamente.

Yo no sé si, debido á un especialísimo estado de mi ánimo, creo que el arte hoy necesita remontar su vuelo á muy altas regiones para llegar á conmovernos. Yo creo que si en la literatura el espíritu de las doctrinas de Cristo comienza á ejercer soberana influencia, en cuanto atañe á las relaciones de la moral universal en que el Hijo de Nazareth basó su código



M. JUAN CASIMIR-PERIER, nuevo presidente de la República francesa,
(de fotografía de Ogerau, de París)

profundamente humano, con el desenvolvimiento de las aspiraciones de una gran parte de la humanidad desheredada y con la evolución en un sentido generoso de los códigos todos, así de los escritos como de los no escritos, así también ese mismo espíritu de dulzura debe informar á mi entender en la obra plástica. Hay algo inexplicable de tan íntimo en la relación que existe entre la aspiración al bien supremo que Cristo enseñó y predicó, y el inefable goce que sentimos cuando contemplamos la Naturaleza con sus misterios, y la belleza de la forma humana con sus curvas de inapreciable valor geométrico, y las expansiones de la pasión amorosa con sus delirios, y las audacias del hombre cuando lucha con los elementos, y el vagar sin término concreto de la fantasía frente al ancho Océano, que yo pienso si aquel reino de que Cristo hablaba tiene aquí en la tierra su principio, y que tan sólo á aquellos ciegos del alma no les era dable comprender lo que el Nazareno les decía. Pues yo entiendo que cuanto mayor sea el exquisitismo de nuestra sensibilidad psíquica y física, más cerca estaremos de gozar por entero de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, resumido en Dios, *summum* de estas tres cualidades de lo perfecto.

Hoy, quizá más que en ninguna época de las que mayores tribulaciones aportaron á la humanidad en el transcurso de los siglos, el arte ha menester, afianzándose en lo real y verdadero, así para la forma como para la expresión de la idea, ir en busca de elementos estéticos que conmuevan nuestro corazón; y nada más grande ni nada más generoso que volver los ojos á cuanto despierte en nosotros el deseo de amar, de vivir, de entregarnos á la lucha por la existencia, llevando ante nuestros ojos la piedad, el cariño á todo cuanto significa ó alberga en sí un átomo de vida. Por eso he mirado con tristeza la obra pictórica expuesta en el palacio de la Biblioteca, porque, falta de sentimiento, de jugo vital, así revelaba anemia del espíritu creador, como anemia física; así revelaba desconcierto en la idea, como cansancio de las fuerzas materiales; así revelaba ignorancia de la finalidad del arte, como miedo á adquirir la certidumbre del deber, que el conocimiento y sentimiento de aquella finalidad obligan al artista.

Es en vano la tarea de pintar ó esculpir, si la obra no ha de reflejar lo íntimo, aquello que Blanc distinguía diciendo que era la diferencia entre lo que veían los ojos y lo que veía el alma.

R. Balsa de la Vega

RECOMPENSAS PÓSTUMAS

(EPISODIO DE 1836)

I

En aquellos días la libertad era más que una idea política. Nosotros la aceptábamos por religión, y religión de tal naturaleza que no comprendíamos que pudiera tener apóstatas. Si en la teogonía que entre el olor de la pólvora y el silbar de las balas nos habíamos formado figuraban como divinidades absolutas é impalpables Cristina y la *niña*, lo cierto y verdad es que necesitados de algo más próximo y tangible, habíamos colocado en el altar de nuestro entusiasmo un ídolo que encarnaba todos los ideales, la patria simbolizada en Isabel II y la libertad sintetizada en el libro de la Constitución.

Aquel ídolo era D. Baldomero Espartero.

El general, como le llamábamos, dando á entender que aquél era el único que en lo antiguo y en lo moderno merecía tal título, no se discutía jamás. Nos había guiado tantas veces á la victoria, que estábamos íntimamente convencidos de que obedecerle era vencer, y le obedecíamos, no como quien cumple fríamente los preceptos de la Ordenanza, sino como el fanático que interpreta con escrupulosa nimiedad las prescripciones de su rito.

Dicho esto, que por demás es sobradamente sabido, imposible parece que en aquel culto hubiera categorías, y sin embargo, las había. Quiero decir, que siendo común la adoración, no era raro encontrar quien se distinguiera por la intransigencia de ella. De entre este grupo, por cierto bastante numeroso, se destacaba la figura del personaje que ha de servir de protagonista en estas páginas olvidadas de la historia.

II

No tan sólo no había logrado engalanar sus robustos hombros con las acanaladas charreteras de oro de los generales, sino que ni aun dado le había sido alcanzar los modestos galones de cabo.

Y sin embargo, era un veterano, y además de un veterano un valiente. Con el general había hecho la campaña de América, regando en más de una ocasión con su sangre aquel disputado suelo, á pesar de lo cual no había salido de la categoría de soldado reenganchado.

La circunstancia, harto frecuente entonces entre las clases de tropa, de no saber leer ni escribir, le había imposibilitado de recibir otras distinciones que unas cuantas cruces, alguna de ellas pensionada; pero no había sido obstáculo para que se viera favorecido con otra, que para él era de mayor valía que los más altos grados y los más pingües empleos. Desde hacía largos años el general le tenía á su servicio en calidad de asistente.

Su manía era la pulcritud y la limpieza, cualidades que extremaba, no sólo en el cuidado del caballo y equipo de su amo, sino que se echaba de ver en las mismas prendas de su uniforme. Los innumerables botoncillos de su casaca más que de cobre parecían de oro finísimo, según el brillo que sabía sacarles; la chapa de su alto chascás, de espejo pudiera servir á la más atildada dama, y no tan sólo sus zapatos y fornituras conservaban constantemente un lustrado irreprochable, sino que hasta el mismo pantalón blanco, que á veces nos veíamos precisados á usar en los más crudos y lluviosos días de invierno, conservaba siempre una tersura y nitidez más propios de días de parada que de las agitaciones de las marchas y de los descuidos de los campamentos.

Por lo demás, aunque sus luces naturales (perdónemelo su memoria) no eran muchas, la buena voluntad y su experiencia de soldado viejo suplían el resto á punto de que en las más apretadas horas, que en ocasiones solían serlo mucho, no sólo no faltaban en la mesa del general las cosas más necesarias, sino que hasta abundaban en ella los regalos y las holguras.

Esto no obstante, nuestro héroe huía de las ventajas que su posición le proporcionaba. Lejos de considerarse rebajado de servicio, como podía estarlo, sin descuidar sus ocupaciones domésticas, solía ocupar el primero un puesto en el escuadrón, y aun no era raro verle solicitar con ahinco formar parte de una descubierta ó alinear en preferente fila en una carga.

Algunos veteranos le reprochaban tal empeño y burlándose de él le decían:

— Ambiciosillo eres. ¿Cuentas acaso con lucir todavía sobre el uniforme las charreteras de capitán?

Pero él se encogía de hombros, limitándose á contestar:

— Soldado raso empecé y soldado raso pienso acabar. Cuantos me conocen saben que la ambición nunca me ha cosquilleado en el pecho.

En esto mentía. Después del general y del estandarte del escuadrón había una cosa que miraba con particular respeto. Siempre que pasaba á su lado un oficial agraciado con la cruz laureada de San Fernando, le saludaba con una veneración no exenta de envidia. Por coser aquel gironcillo de paño bordado al costado de su casaca hubiera dado, no un dedo, sino la mano entera.

Sin embargo, aquella ambición era tan platónica como todas las que había tenido en su larga vida. De sobra sabía que por heroicos que sean los servicios de un simple soldado, no se recompensan como los de un oficial.

El general mismo á cuyos oídos había llegado aquel irrealizable ensueño de su asistente, solía decirle con familiar zumba siempre que le veía montar á caballo para atacar al enemigo:

— Anda á ganarte la cruz.

III

Un día, en que hacía más de seis que no oíamos un tiro, estando empezando á almorzar el general, se presentó en el modestísimo alojamiento que en uno de los confines de Navarra ocupaba, uno de los muchos espías, que á riesgo del pellejo pasaban la vida tan pronto sirviendo al ejército del Pretendiente, como ayudando á nuestras tropas.

El viajero, que revelaba haber hecho una larga jornada, no quiso, sin embargo, perder un momento; haciéndose conducir á la presencia del ilustre caudillo, dejó en sus manos un pliego que traía cuidadosamente oculto entre los forros de la montera de pellejo que cubría su crespá y enmarañada cabellera.

El general rompió el sobre, y después de pasar la vista precipitadamente por el escrito, se levantó de la mesa, y volviéndose á uno de sus ayudantes murmuró:

— Antes de media hora es preciso estar á caballo. Tenemos encima una gruesa columna enemiga, y aunque no se me oculta que con las escasísimas fuer-

zas de que aquí disponemos es imposible rechazar á la facción, como lo principal es ganar tiempo, preciso es organizar una resistencia que dure algunas horas. El pueblo no debe caer en poder del enemigo antes de la puesta del sol; mientras quede un solo hombre, no ceder. Yo hago falta en otra parte. Una escolta de ocho caballos me basta. Que cada cual cumpla con su deber.

Dicho esto se volvió al espía y murmuró:

— A este hombre que le den un tasajo y un trago. Ahora mi caballo.

— Ya está ensillado, mi general, respondió el asistente cuadrándose; y como el que solicita una gracia que teme le sea negada, preguntó:

— ¿Y yo puedo incorporarme á mi escuadrón?

El general vaciló; pero al fin contestó con un lacónico «sí.»

El viejo soldado esperó la muletilla de la cruz; pero esperó inútilmente. Su ilustre amo estaba demasiado preocupado para bromas.

Un cuarto de hora después los disparos de nuestras avanzadas anunciaban que el enemigo estaba allí.

IV

La jornada fué terrible. Sabiendo que éramos uno para ciento, á falta de esperanza para vencer, esperábamos todos morir con gloria, y la verdad es que aquel puñado de valientes lo consiguió.

A la caballería le tocó el prólogo y el epílogo de aquel sangriento drama.

Su primera misión fué resistir en un llano de las inmediaciones del pueblo el empuje de la columna enemiga.

La última, proteger la retirada de sus compañeros, perseguidos por los vencedores, ebrios de sangre.

La infantería, escasísima por cierto, harto hizo con defender el pueblo calle por calle y casa por casa.

Cuando el sol tronspaña las últimas cimas de los cerros que limitaban el horizonte, fué cuando renunciamos á prolongar aquella inútil resistencia.

Entonces nuestros perseguidores estaban ya tan fatigados, tan poco interés tenía para ellos copar la exigua fuerza que de nosotros quedaba, que volviendo grupos, nos dejaron tomar aliento y reunir los dispersos.

El espectáculo que se ofreció á nuestros ojos era bien triste por cierto. Los que habíamos sobrevivido á aquel honroso, pero desgraciado hecho de armas, no llegábamos á la tercera parte de los muertos.

Entre las caras amigas que me rodeaban no tardé en reconocer al valeroso asistente del general, que había sido uno de los últimos en abandonar la pelea y que buscaba en vano su escuadrón.

De éste todo lo que quedaba era unos cuantos soldados desmontados, y el trompeta de órdenes, chiquillo que apenas contaría quince años.

El veterano contempló algunos momentos aquellas ruinas y bajó la cabeza, tal vez para ocultar una lágrima.

— ¿Y el estandarte?, preguntó.

— Allá abajo queda, le respondió un sargento. Mientras se pudo se le defendió; pero al cabo cayó en poder del enemigo.

Un rugido de rabia salió del pecho del viejo soldado. Por primera vez en su vida, faltando á la Ordenanza, olvidó el respeto que debía á un superior jerárquico. Hasta creo recordar que le llamó cobarde.

Lo que pasó después apenas puedo decirlo. Cuando volví la cara, vi que el veterano se dirigía á galope á las líneas enemigas, arrastrando consigo al trompeta.

Hubiera querido detenerlos; pero ya era tarde.

Comprendí que corrían á la muerte, y á mi pesar respeté aquella última voluntad de un moribundo.

V

Los primeros albos del día nos sorprendieron acampados en una loma, desde la que se distinguía un numeroso cuerpo de ejército que indudablemente venía en nuestra ayuda.

Antes de que nos hubiéramos puesto en marcha de nuevo, vimos venir por el camino opuesto un jinete, en el cual no tardamos en reconocer al trompeta que había acompañado al héroe de estos apuntes.

El muchacho volvía sin chascás, con el caballo mal herido, con el uniforme desgarrado en muchas partes y hasta con una de sus charreteras de estambre blanco partida de un sablazo.

Cuando estuvo entre nosotros, todos nos apresuramos á preguntarle:

— ¿Y tu compañero?

El trompeta movió la cabeza tristemente. Después contestó:
 - Ha hecho lo que nadie haría por recuperar el estandarte; pero los milagros no son para nosotros.

- ¿Y qué ha sido de él?
 - Menos afortunado que yo, cuando ya no ha tenido fuerzas para pelear ha caído prisionero.

Todos callamos. En aquellos días en que la ley de las represalias se cumplía con bárbara tenacidad por una y otra parte, la palabra prisionero era sinónimo de muerto.

Indudablemente de aquel valiente no quedaba ya más que un tronco inaninado.

VI

La precipitada llegada del general hizo que nos pusiéramos otra vez en movimiento.

Sin dejarnos lugar á darle cuenta de los incidentes de la lucha, nos incorporó á la numerosa fuerza que mandaba, y antes de las veinticuatro horas recuperábamos sin gran resistencia el pueblo que tanta sangre nos había costado defender.

Aquella tarde yo mismo referí la temeraria cuanto desgraciada empresa de su asistente.

El general, profundamente afectado, me escuchó sin despegar los labios.

Cuando llegó la noche, volviéndose á un chiquillo que nos acababa de servir la cena, le preguntó:

- ¿Conoces el sitio donde los facciosos han fusilado á nuestros prisioneros?

- Sí, señor, respondió el chico.

- Pues toma una linterna y una azada y guíanos á él.



EL INVIERNO. ALREDEDORES DE SEVILLA, cuadro de Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

Cuando estuvimos á un tiro de bala del pueblo, nuestro guía se paró á pocos pasos de una tapia medio derruida, delante de la cual se había plantado recientemente una tosca cruz de madera.

- Aquí es, dijo.

- Pues cava con cuidado, que la tierra está fresca y no te costará gran trabajo.

El chico no pudo ocultar cierta repugnancia; pero

que conservamos el recuerdo del viejo soldado; pero tan destinado estaba á no salir de la obscuridad y del olvido, que yo mismo, aun siendo quizás, el único que puede apreciar toda la magnitud de su heroísmo, por más que he hecho desde que empecé á emborronar estas cuartillas no he podido acordarme de su nombre.

ANGEL R. CHAVES

VII

la orden era tan terminante que no tuvo más remedio que obedecer.

A los pocos minutos teníamos ante los ojos el cadáver del valeroso veterano.

Al reconocerle, el que en días no lejanos había de inmortalizar una vez más su nombre en el puente de Luchana, no pudo contener una lágrima. Una vez enjugada, arrancó de su uniforme la cruz laureada de San Fernando, y colocándola cuidadosamente sobre el agujero negro que una bala había abierto en el pecho del que había sido su asistente, murmuró:

- ¡La merecía!

En aquel momento la luna, saliendo de entre un grupo de nubes, iluminó de lleno las lívidas facciones del cadáver, que nos pareció ver animadas por una sonrisa de orgullosa satisfacción.

¡Sólo después de muerto realizaba la única ambición de su vida!

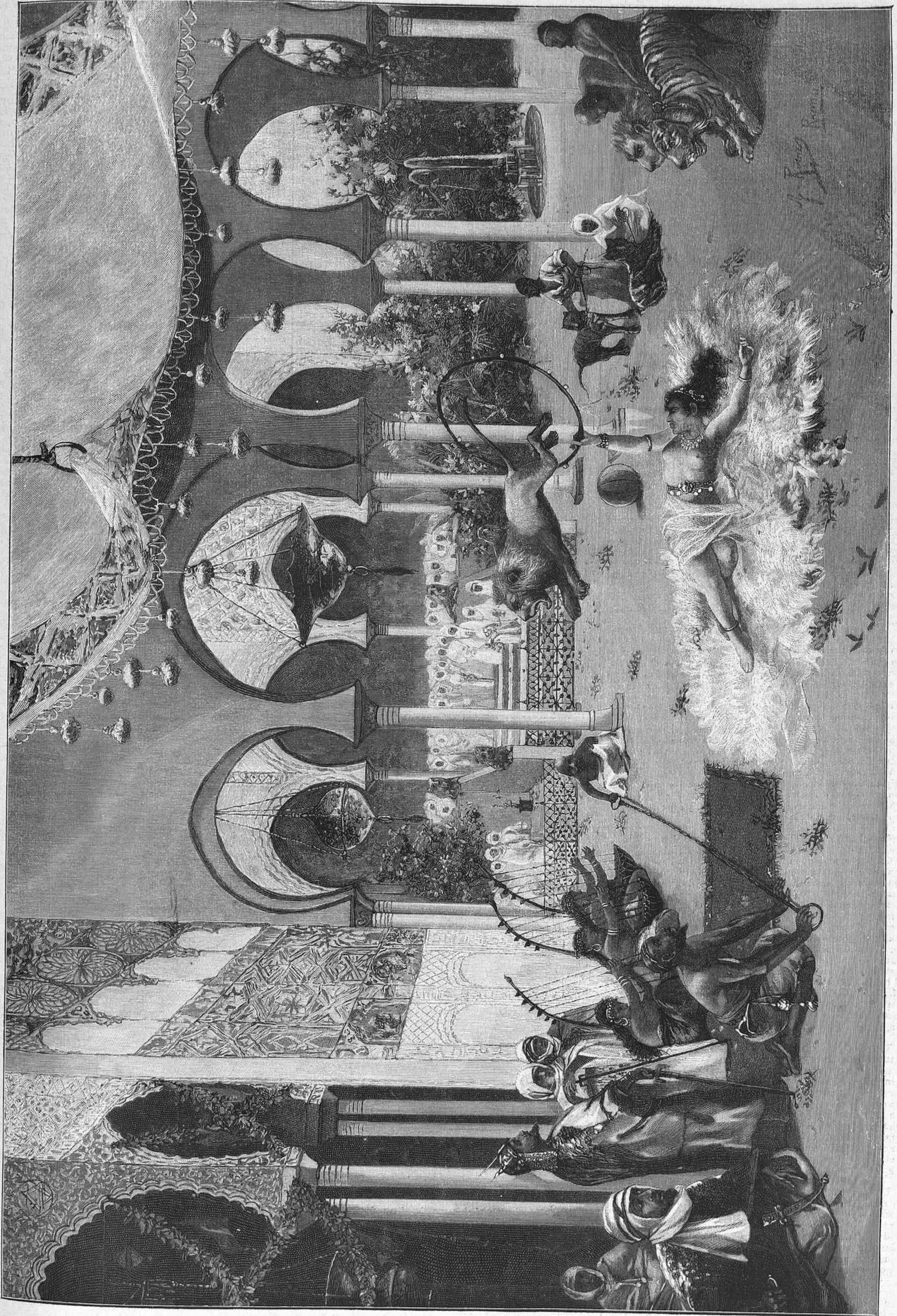
Al cabo de algunos segundos, la tierra volvió á ocultarle para siempre.



Asesinato de M. Carnot en Lyon en la noche del 24 de junio último, dibujo de E. X., tomado de un croquis de E. Ximenes



VENDEDORA DE FLORES, cuadro de Edmundo de Pury



UNA FIESTA EN EL SERRALLO DEL SULTÁN DE PALMIRA, cuadro de A. Rivas

NUESTROS GRABADOS

La mesa grande, cuadro de Cecilio Plá y Gallardo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — La mesa grande, aquella que cubre con su mantel el jornalero y el albañil, al pie de la obra, junto á la casa que construye y sobre la cual mesa coloca su compañera la basta cazuela con el modesto cocido, es la que ha tratado de representar nuestro amigo el discreto pintor Cecilio Plá. Y cuenta que al dar remate á su obra, lo ha hecho sin duda con la doble intención de trasladar al lienzo una escena popular, ateniéndose al concepto modernista, en la justa medida de lo razonable y castizo. El cuadro de Plá, como el que recientemente hemos publicado de Luis Graner, representando una herrería, es una gallarda manifestación de la escuela modernista española, y por lo tanto una indicación de cuánto se puede hacer razonablemente y cuánto puede obtener el artista, desprovisto de apasionamientos, cuando su habilidad se halla robustecida por el ingenio y el buen sentido.

El nombre de Cecilio Plá es ventajosamente conocido, pues ha logrado por la valía de sus producciones señalados triunfos, justa recompensa á su laboriosidad y á su reconocido talento.

M. Juan Casimir-Perier, nuevo presidente de la República francesa. — El eminente hombre público á quien el voto de la nación ha elevado á la primera magistratura de la República francesa, lleva un nombre ilustre en la historia de Francia en el presente siglo; su abuelo fué presidente del Consejo de Ministros en tiempo de Luis Felipe, y su padre fué ministro del Interior en 1871 y 1873 durante la presidencia de M. Thiers. M. Casimir-Perier comenzó á distinguirse en 1870, entrando á formar parte de las fuerzas movilizadas del departamento del Aube y ganando la cruz de la Legión de Honor cuando sólo contaba 23 años. En 1871 fué secretario particular de su padre, ministro del Interior, como hemos dicho; en 1874 fué elegido diputado provincial del Aube y en 1876 diputado; en 1877 fué nombrado subsecretario de Estado en el ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes y en 1883 en el de la Guerra con el general Campenón. En 1890 eligióse vicepresidente de la Cámara y en 1893 presidente de la misma, pasando poco después á ocupar la presidencia del Consejo de Ministros, que abandonó en 22 de mayo último á consecuencia de la votación en la cuestión de los sindicatos de los ferrocarriles. Vuelto á la presidencia de la Cámara, la elección verificada el 27 de junio próximo pasado lo ha elevado al primer puesto de la República con gran entusiasmo de cuantos, así en Francia como en el extranjero, se interesan por la suerte de la nación francesa.

Su historia es prenda segura de que su presidencia ha de ser altamente beneficiosa para el pueblo que le ha confiado sus destinos: republicano convencido, su gestión ha de afianzar las libertades conquistadas; hombre de entereza, su gobierno no puede menos de redundar en provecho de la causa del orden, hoy amenazada en la mayor parte de los pueblos y que está íntimamente enlazada con el bienestar y la prosperidad de éstos.

El invierno. Alrededores de Sevilla, cuadro de Manuel García Rodríguez (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Bello, cual todos los que brotan del pincel del distinguido paisista sevillano, es el cuadro que reproducimos, digno compañero del que también figura en nuestra Exposición de Bellas Artes, adquirido por un inteligente coleccionista de esta ciudad. Los añosos y blancos troncos de los álamos que bordean las riberas del poético Guadalquivir, las tranquilas aguas del río y la ciudad al fondo, impregnada la atmósfera de acuosos vapores que agrisan el azulado celaje, todo retrata el invierno y todo recuerda el encanto de aquel país privilegiado, en donde aun en la estación en que la naturaleza parece dormida, existen vida, atractivos y poesía.

Varias veces nos hemos ocupado de las obras de García Rodríguez. Hoy sólo podemos afirmar una vez más el ventajoso concepto que nos merece como paisista español, que copia fiel y hábilmente, que construye con el pincel y sabe representar la vida de la naturaleza.

Asesinato de M. Carnot en la noche del 24 de junio último, dibujo de E. X.

— Creemos ocioso describir minuciosamente la escena que reproducimos, pues la prensa diaria de todo el mundo se ha ocupado de ella con todos los detalles necesarios. M. Carnot salía del palacio del Comercio, en donde le había sido ofrecido un banquete, y acababa de subir al landó que debía conducirlo al teatro, cuando abriéndose paso entre la multitud que con entusiasmo aclamaba al presidente, abalanzóse á éste un joven que, subiendo al estribo del coche y apoyando una mano en la portezuela, sacó con la otra un puñal que llevaba en el bolsillo y lo clavó en un costado del infortunado M. Carnot, ocasionándole la herida que á las pocas horas le produjo la muerte. El dibujo que publicamos está tomado de un croquis hecho por el distinguido dibujante italiano Eduardo Ximenes.

Vendedora de flores, cuadro de Edmundo de Pury. — Aunque el asunto ha sido tratado centenares de veces por artistas de todos géneros y de diversas aptitudes, bien puede asegurarse que el tema de las vendedoras de flores ni se ha agotado ni se agotará, y que siempre que lo trate un pintor de talento resultará agradable la obra que en él se inspire. Así sucede con el cuadro que reproducimos, cuya figura cautiva á cuantos la contemplan, por la verdad con que el autor la ha tratado y por el sello de originalidad que ha sabido imprimirle dentro de la más laudable naturalidad.

Una fiesta en el serrallo del sultán de Palmira, cuadro de A. Rivas. — El asunto de este cuadro es de aquellos en que un artista de valía puede hacer gala de su inspiración y de su talento. Reproducción de costumbres típicas, de fastuosas fiestas, de trajes pintorescos y de magnificencias arquitectónicas, la fantasía del pintor tiene ancho campo en que moverse y pretexto para sacar de su paleta colores todo luz y todo vida. Bien ha sabido aprovecharlo el autor de esta obra, presentándonos una escena grandiosamente concebida, con elementos habilísimamente combinados, dando á su concepción una forma bellísima y correcta y probando, en suma, que ha nacido para el gran arte.

Mary, cuadro de Manuel Felú D'Lemus (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894). — Sobriedad en el colorido, armonía y distinción son las cualidades que se observan desde luego en el lienzo de Manuel Felú, para quien cada año que transcurre, cada exposición en que toma parte,



Mary, cuadro de Manuel Felú D'Lemus
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona de 1894)

marcan una etapa, señalan un progreso en su vida artística. Felú ha sabido juiciosamente apartarse de los exclusivismos, y saturado su espíritu por el estudio y la observación de las obras de los grandes maestros de la pintura, especialmente por las de aquellos que honran á nuestra patria, amasa en su paleta una gama castiza que al fijarla en el lienzo produce efectos tan agradables cual los del cuadro que reproducimos, que figura entre los premiados en nuestra Exposición de Bellas Artes.

recientemente celebrada en Guildhall por la corporación de la City de Londres. Entre los cuadros que en ella más llamaron la atención figuraba el que reproducimos, obra del eminente pintor académico inglés Armitage, que estuvo expuesto en la Academia en 1868 y que su autor ha cedido graciosamente para formar parte de la colección permanente de Guildhall.

Monumento erigido en Bedford á la memoria de Juan Howard, obra de M. Gilbert. — Juan Howard nació en Hackney, cerca de Londres, en 1726, y consagró la mayor parte de su vida y de su fortuna á aliviar la triste situación de los presos: á su muerte, acaecida en 1790, había publicado, entre otras obras, *Estado de las prisiones en Inglaterra y en el país de Gales y Noticia sobre los principales lazaretos de Europa*. Además dejó unas interesantes *Memorias* que se publicaron en 1850. Para perpetuar la memoria de tan ilustre filántropo se ha erigido por suscripción pública en Bedford un sencillo, pero artístico monumento, que se inauguró el día 28 de marzo último, cuya hermosa estatua es una de las más felices creaciones del escultor Gilbert, individuo de la Real Academia de Londres.

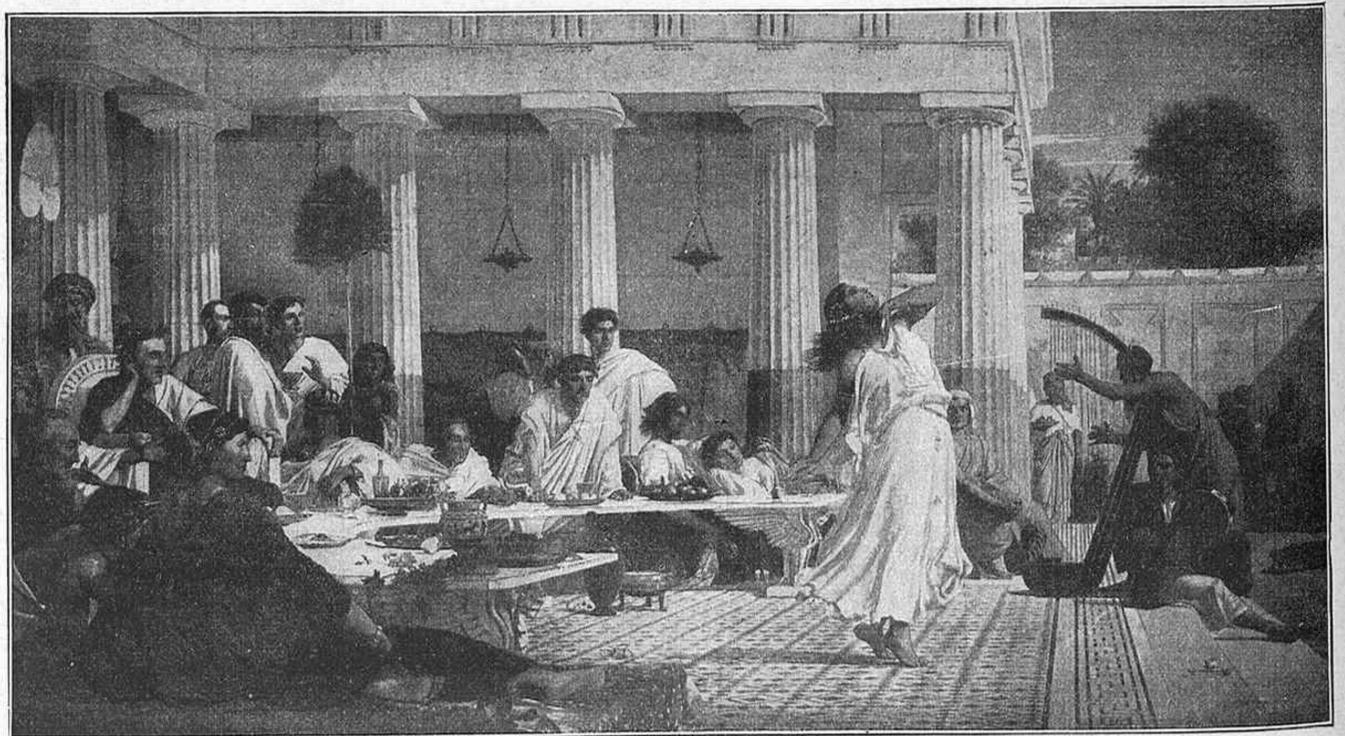
MISCELÁNEA

Bellas Artes. — VIENA. — Rectificación. En el núm. 650 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una noticia referente á las medallas de oro obtenidas por escultores españoles en la Exposición de Bellas Artes de Viena: de su redacción, por efecto de la equivocada colocación de los nombres de los Sres. Querol y Benlliure, se desprendía que la gran medalla de oro había sido concedida al primero, siendo así que quien ha sido premiado con la única gran medalla de oro otorgada por el Jurado á la sección de escultura española es D. Mariano Benlliure.

Teatros. — París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Parisiense *Dinah*, comedia lírica en cuatro actos, letra de Carré y Choudens y música de Missa, llena de inspiración, aunque alguno de sus fragmentos adolezca de falta de originalidad, y en el Teatro de las Letras *Ils sont trop verts*, fantasía rimada de corte elegante, de Scheler y Plan; *La Glisade*, comedia en tres actos de Maurey y Thierry, de asunto escabroso, pero tratado con habilidad, especialmente en el último acto, y *L'Affaire Mancel*, interesante drama en un acto de Jorge Mitchell, poco original, pero de gran efecto dramático.

Barcelona. — En Novedades la compañía que dirigen los aplaudidos actores D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez sigue poniendo en escena las mejores obras de nuestro teatro antiguo y moderno y ha estrenado con escaso éxito la última producción de Echegaray, *La rencorosa*. En el Tivoli se ha estrenado con gran éxito una zarzuela en tres actos, *El colegial Totó*, arreglo de una opereta francesa por D. Mariano Pina y Domínguez: la música ha sido arreglada por D. Andrés Vidal y Llimona.

Londres. — En Covent Garden se ha cantado la nueva ópera en dos actos, de Massenet, *La Navarraise*, de música inspiradísima y muy apropiada al argumento: su representación dura menos de una hora, y entre las piezas más notables sobresalen un recitativo, un precioso dúo de amor, un nocturno, un brindis y el final. El éxito de *La Navarraise* ha sido extraordinario. En Drury Lane funciona la compañía de ópera alemana que ha cantado con gran aplauso *Las Valkirias*, *Siegfrido* y *Tanhauser* y ha de cantar aún *Tristán*, *Lohengrin*, *Fidelio* y *Der Freyschutz*. En el teatro Daly ha dado una serie de representaciones Sarah Bernhardt, habiendo puesto en escena con mucho éxito *La Tosca*, *La Dama de las Camelias*, *Fedra* é



La fiesta del cumpleaños de Herodes, cuadro de Eduardo Armitage, R. A.

Otro triunfo acaba de alcanzar nuestro amigo, cual es el que representa la adquisición por el gobierno francés del cuadro que se halla actualmente en el Salón de París, por el que se le ha satisfecho doble precio del que se había fijado en el catálogo.

La fiesta del cumpleaños de Herodes, cuadro de Eduardo Armitage. — En la Miscelánea del núm. 645 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de la Exposición

Izeyl, el drama budista de Armand Silvestre y Morand, estrenado hace poco en París. En la Gaiety ha sido muy aplaudida la última obra de Sardou, *Madame Sans Gêne*, representada por Mme. Rejane. En la Comedia se ha estrenado con gran éxito una interesantísima comedia de J. M. Barrie, *The Professor's Love history*, que además de estar muy bien escrita y de tener un argumento delicadísimo, es un notable estudio de la naturaleza humana.



Vete de aquí, exclamó el Sr. Jeuffroy golpeando el suelo con el pie

¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Marcos estaba de pie frente á ella, respirando con dificultad y esforzándose en buscar palabras para expresarse.

— Esa carta..., esa carta odiosa, comenzó... No, no es eso lo que quiero decir... En fin. ¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha dicho á usted? Quiero saberlo de su misma boca.

— Que me amaba, contestó la joven haciendo un

esfuerzo y con voz muy baja, pero no sabía que yo hubiese prometido mi mano.

— ¡Valiente obstáculo para él!, exclamó Preymont. ¿Soy yo acaso un niño para creer que eso es todo? Después de haber extasiado á usted con sus palabras, que tan dulces le han parecido, sin duda habrá dicho que usted iba á ser desgraciada, que no se ama á un hombre como yo, que ese casamiento haría re-

caer sobre usted el ridículo y que su compasión la extraviaba...

— ¿Por quién me toma usted?, repuso la señorita Jeuffroy dando un paso hacia Preymont. Usted se equivoca, Marcos, así acerca de él como respecto á mí.

— ¡No me falta más que oír á usted defenderle!, gritó Preymont enfurecido.

Atemorizada Susana, guardó silencio ante aquel hombre que estaba fuera de sí y cuya cólera se avivaba por la más leve frase. Trastornada á su vez, inútilmente trató de recobrar su sangre fría; pero conservaba la actitud llena de gracia y dignidad que le era habitual, y Preymont la contempló con desesperación.

— ¡Quién sabe!, dijo irónicamente. ¡Tal vez haya usted escrito esa carta con la esperanza de que se produjese esta escena! ¡Quizás haya creído que yo iba á ser bastante imbécil para entregarla en brazos de otro!

Al oír estas palabras, la señorita Jeuffroy exclamó en un transporte de indignación:

— ¡Cuidado con lo que dice usted, Marcos, y sepa desde luego que ni la cólera ni el dolor excusan á mis ojos un cobarde insulto.

— ¡Ah, gritó Preymont, cogiéndola de la muñeca, bien le sienta á usted darse por ofendida!.. Lea usted esa carta.

Susana se desasí suavemente; sabía muy bien que Marcos tenía derecho para agobiarla; que no podía defenderse; y ocultando el rostro entre las manos, lloró.

Sus lágrimas y su actitud humilde perturbaron á Preymont; largo tiempo permaneció silencioso, y después dijo con una voz tan alterada, que la señorita de Jeuffroy levantó los ojos para asegurarse de que era la suya:

— Usted es, dijo Marcos, quien ha venido á mí; usted quien me prometió lo que yo no osaba ni siquiera desear... ¿A qué me atrevía yo? ¡A nada! ¡Solamente la amaba á usted... y admiraba siempre, Susana! Cuando fui bastante insensato para creer en sus palabras, puse á sus pies todos los pensamientos de un espíritu que únicamente para usted vivía, un corazón apasionado, fiel hasta la muerte, y usted no ha comprendido ni amado... ¿Qué ha sido ese otro hombre en la vida de usted? ¡Un transeunte, y sin embargo, usted le ama!

— ¡Por Dios, Marcos, exclamó Susana con tono suplicante; no crea usted que le he engañado! Le juro que yo no lo sospechaba.

— ¡Ah, confiese usted que le ama!, exclamó Marcos, dando un paso hacia la joven.

Pero detúvose y prosiguió con la expresión del hombre agobiado por el pesar:

— No, Susana, no hable usted... ¿Qué podría decirme? Ese hombre era un transeunte tal vez; pero tenía el encanto, la juventud, la belleza, lo mismo que usted posee la seducción... ¿Qué era yo para luchar? Una inteligencia viva y un corazón que late fuertemente bajo una mísera corteza... ¡Oh dolor, oh dolor indefinible!

Quebrantada por la expresión de aquella angustia viril, Susana se acercó á Marcos, y díjole con voz entrecortada por la emoción, pero con firmeza:

— Le conjuro á usted, Marcos, á olvidar esa carta, que nunca debió leer; olvide un momento de extravío; míreme usted, y vea si mi expresión no atestigua la sinceridad de mis palabras. Aquí tiene usted mi mano, amigo mío; yo seré su esposa si así lo desea. Marcos movió la cabeza con aire desanimado.

— Hoy sí, Susana, repuso, en este momento de emoción..., pero ¿y mañana? ¡Eso no es ya posible!, añadió con voz quebrantada.

Preymont miró á la joven algún tiempo silenciosamente, y dijo con cierta irritación:

— ¿No sé yo acaso que la frase «no es posible» la seduce en el fondo del corazón, aliviándola de un peso demasiado grande para sus fuerzas? ¡Oh, no proteste usted! ¿No he leído acaso todas sus cartas?.. La última no es un momento de extravío, sino la afirmación de la verdad; y yo sé y conozco muy bien lo que usted experimenta..., es el sentimiento inconsciente tal vez aún, pero seguro, de su completa libertad... Y además, añadió, cambiando de tono y volviendo la cabeza, ¿no es usted de otro?..

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con la expresión de un pesar reprimido y tan desgarrador, que Susana tembló de emoción; y dejándose llevar de un pensamiento generoso, contestó con tono resuelto:

— ¡Escúcheme usted, Marcos! Si, como usted dice, nuestra unión es ya imposible, ¿quiere usted que por lo menos no pertenezca jamás á ningún otro? Le debo una reparación, y sabré cumplir mi promesa, se lo juro...

Susana había retrocedido algunos pasos, y con su talle flexible y recto, su rostro pálido y animado de una entusiasta resolución, jamás había estado tan bella ni tan seductora.

— ¡Pobre niña, pobre niña romántica!, contestó Preymont con voz alterada. Usted no sabe lo que propone, y aunque esa promesa pudiera ser formal, yo no la amo con ese amor cruel que quisiera hacer-

la desgraciada... ¡Dios quiera que yo no le vuelva á ver jamás!, continuó con acento de cólera; pero sería yo un miserable si abusara de tanta candidez para aceptar, ni aun á título de prueba pasajera, esa absurda y generosa idea de niña.

A esta contestación siguió un largo silencio.

Susana se había sentado, y con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza entre las manos, lloraba amargamente, mientras Marcos contemplaba como en un sueño los antiguos jardines donde algunos días antes hablaba á su prima con loca ternura.

Pero al fin dijo con tono breve y ligeramente irónico:

— Es usted libre, niña..., y delante de sí tiene un feliz porvenir.

— ¡Oh, Marcos, perdóneme usted!, exclamó Susana, tendiendo las manos hacia él. Yo era sincera en mis deseos, quería hacerle feliz, y amábale desde mi infancia con el más tierno afecto... Yo había creído que obraba bien; que era posible... ¡Y cuánto mal le he causado! ¿Cómo quiere usted que yo sea feliz con semejante remordimiento en mi conciencia?..

Y Susana, inclinando la cabeza, volvió á sollozar.

Marcos se acercó, y rozando con sus labios el cabello de la joven, murmuró con una voz, débil como un soplo, porque ya no era dueño de sí:

— ¡Amada mía..., tiene usted veinte años! ¡Adiós!

Y cuando Susana levantó la cabeza, estaba sola y libre de todo compromiso.

XI

Preymont pasó rápidamente entre los añosos árboles de formas extrañas que siempre había amado; atravesó casi corriendo las avenidas flanqueadas de grandes bojés por donde tantas veces viera pasar á Susana, y sin detenerse para reflexionar, volvió precipitadamente á su casa diciéndose:

«¡Voy á salir de este país inmediatamente! ¡No sé dónde voy, pero no me importa!»

Al verse de nuevo con su madre, ni él ni ella entraron en reflexiones, y Marcos se limitó á decir:

— ¡Me marchó!.. Ignoro adónde voy, pero escribiré á usted desde París. No quiero permanecer ni una sola noche tan cerca de ella y en medio de todos esos objetos cuya vista ha llegado á ser intolerable para mí. Tampoco sé cuándo volveré.

— ¡Ah! ¡Tú no puedes marchar solo, Marcos!, exclamó la señora de Preymont bajo el imperio de un pensamiento que la atormentaba. Yo voy contigo; déjame acompañarte.

— Quiero estar solo, contestó Marcos con expresión sombría; la misma presencia de usted me haría daño.

Mas comprendiendo por la mirada de espanto de su madre cuál era su pensamiento, añadió:

— Tranquílese usted..., le doy mi palabra de honor de no atender contra mi vida.

Marcos escribió después algunas palabras al señor Jeuffroy, y sentándose junto á su madre, le dijo:

— No volveré aquí hasta estar seguro de que no encontraré á Susana. Se la confío á usted, pobre madre mía, pues temo para ella la cólera del Sr. Jeuffroy, y seguramente necesitará de usted.

— Eso es pedirme demasiado, contestó la señora de Preymont con amargura; no quiero volver á verla ni cuidarme de ella.

Marcos no dijo nada por el pronto, y solamente después de un silencio prolongado, durante el cual en su imaginación se inclinaba aún poseído de ira, de amor, de cólera y de ternura sobre una mujer hermosa, contestó al fin en voz baja y conmovida:

— ¡Es que usted no la ha visto llorar!..

En el momento de subir al coche repitió sus recomendaciones.

— Protéjala usted, dijo; guíese más bien por su juicio que por su corazón resentido; pero cuando me escriba usted, no me hable nunca de ella... excepto cuando todo haya concluido, pues quiero saber...

Sin terminar su frase, abrió la portezuela del coche, y un instante después emprendía la marcha envuelto en tan densa obscuridad, que había perdido hasta la facultad de leer en sí mismo.

Una vez sola la señorita Jeuffroy, desesperada por el mal que había hecho, no conseguía calmarse. Sin pensar en ella, ni en la necesidad de anunciar á su padre un rompimiento que debía producir una escena desagradable, cuya perspectiva la hubiera aterrado en cualquier otra hora, todos sus pensamientos se fijaban en el infeliz á quien había engañado, y todo su valor se desvanecía ante el remordimiento. Miraba con angustia á su alrededor, y sintiéndose quebrantada, hubiera querido que brazos afectuosos la estrechasen como á un niño enfermo y sin fuerzas.

«¡Jamás tendré paz ni alegría! ¿Cómo ha tenido valor para decirme que yo seré feliz cuando me vea libre?..»

Estas palabras, pronunciadas en alta voz, extrañaron singularmente. Hasta entonces no había pensado en la libertad reconquistada; mas una impresión semejante á la vergüenza coloreó súbitamente su rostro, porque debía convenir en que Marcos había tenido razón, y en que, á pesar de su profunda pena, aquella palabra de libertad aliviaba su pensamiento de un peso enorme.

Esto no sirvió más que para aumentar sus remordimientos y su excitación, así es que Constanza la encontró paseándose por el aposento con una agitación febril.

— ¡Lo que usted deseaba ha sucedido, tía mía, dijo con acento breve: se ha roto mi casamiento.

— ¡Cómo!.. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué tienes ese aire tan singular?

— No me casaré con Marcos Preymont, repitió Susana, levantando un poco la voz; todo ha concluido, y no volverá. He obrado como una mujer sin corazón y sin fe.

Pero Constanza, transportada de alegría y cuidándose poco de la palabra jurada, abrazó á su sobrina exclamando:

— ¡Oh, hija mía! ¿Es posible que sea tan feliz?.. No me atrevía á creer en semejante dicha.

Susana hizo un movimiento repulsivo, y alejose de su tía diciendo:

— Si le hubiera usted oído, si le hubiese visto, no hablaría de felicidad en este momento. No me repita usted que es feliz, añadió llorando, porque esas palabras me hacen sufrir mucho. ¡No comprende usted cuánto me contrasta la idea de lo que debo padecer aún!

Dominada á la vez por una alegría que no le era posible disimular y por la inquietud que le causaba la profunda agitación de su sobrina, Constanza contestó vacilando:

— Ya se consolará, hija mía; todos los hombres se consuelan.

— ¡Sáqueme usted de aquí, tía, exclamó Susana; marchemos juntas: lléveme usted á cualquier parte, lejos de este país, donde he sido tan desgraciada!

— ¡Sí, desgraciada!, repitió la solterona con aire desconsolado. ¡Querida niña, si yo pudiera darte todo cuanto tú deseas!.. Marchemos mañana mismo si tú quieres; iremos adonde se te antoje, y yo...

Un rumor de pasos en el vestíbulo la impidió terminar su frase.

— ¡Es tu padre!, exclamó con expresión de inquietud. ¿Sabe ya?..

— ¡Nada!, contestó Susana, pero poco importa; todo me es igual.

Sin embargo, esperaron con el corazón latiendo de ansiedad la llegada del Sr. Jeuffroy.

Entró con la cabeza cubierta y aire de buen humor. Desde que había reconocido el espíritu práctico de su hija, apreciábala mucho más y le manifestaba mayor afecto.

— Vamos, Susana, dijo alegremente, ¿en qué estamos de esa cuestión de enamorados?

— ¿Cómo?.. ¿Sabe usted ya?, preguntó Susana con tono vacilante.

— Encontré á Preymont, que tenía la cara muy extraña y que deseaba hablarme á solas, de lo cual he deducido que ibais á disputar... para estar más unidos después.

Constanza miró á su sobrina con inquietud; pero Susana, á quien su trastorno moral impelía á no retroceder ante nada, contestó:

— No ha sido una disputa, padre mío, sino una separación.

— ¡Sí, ya lo sabemos!.. Separación de algunas horas.

Y el Sr. Jeuffroy buscó tranquilamente su diario. É instaló en su sitio predilecto; pero admirado del silencio con que se le acogía, levantó los ojos, y observando entonces la agitación de su hija, á quien apenas había mirado al entrar, dijo bruscamente:

— ¿Pero qué es eso?.. Supongo que no se trata de nada serio, ¿eh?

— Nada puede serlo más, padre mío; es un rompimiento, una separación definitiva.

Pero el Sr. Jeuffroy, obstinándose en no creerlo, repuso:

— No me agrada que se chanceen conmigo... Si fuera cierto, no hablarías tan tranquilamente, á menos de ser loca rematada. ¿Por qué hubierais?..

El Sr. Jeuffroy fué interrumpido por la llegada de una sirvienta que le entregó la carta de Marcos.

«Caballero, escribía Preymont, he devuelto hoy á Susana la palabra que le había dado, convencido de que nuestra unión no era ya posible. Su hija le dará las explicaciones que juzgue necesario pedir.»

Obligado á creer el testimonio de sus ojos, el señor Jeuffroy, sofocado de cólera, volviése hacia su hermana y balbuceó:

- Eres tú... tú... evidentemente; tú has hecho la jugada.

- Mi tía no tiene nada que ver con esto, contestó Susana con sequedad. En cuanto á la explicación, voy á dársela á usted. Yo me engaé al creer que amaba á Marcos; lo ha sabido, y hemos roto nuestras relaciones en buena inteligencia.

El Sr. Jeuffroy levantó los brazos al cielo, y en su furor comenzó á pasear por la estancia golpeando los muebles, mientras balbuceaba palabras descompuestas; pero después, tomando aliento, exclamó:

- ¡Y esta necia me dice estúpidamente que no le amaba! Pues qué, ¿se trataba aquí de amor? ¿Estaba por ventura arruinado para dejarle así?

Susana no había contestado nunca con acritud á las palabras cónicas ó brutales de su padre; pero las violentas emociones del día habían producido en ella tal sobreexcitación, que replicó con viveza:

- ¡Ah! No diga usted más, padre mío, yo se lo ruego. He tolerado tantas cosas desagradables en esta triste y espantosa casa, que bien se me puede dispensar de escuchar más por hoy.

El Sr. Jeuffroy se detuvo bruscamente delante de su hija.

- ¡Mi casa espantosa y triste!., exclamó. ¡Tenga usted hijos! Se hace por ellos todo, y lo pagan con la ingratitud. ¿Pero qué deberé yo decir de mi hija, que no hace más que necesidades sobre necesidades?

- Si yo hubiera encontrado aquí un poco más de ternura, repuso Susana con voz desfallecida, si usted me hubiera amado, padre mío, crea que...

- ¡Vete de aquí!, exclamó el Sr. Jeuffroy golpeando el suelo con el pie. Vé á vivir con tu tía si quieres; os despido á las dos, porque os habéis entendido para ponerme en ridículo.

Susana salió sin pronunciar palabra, sobrecogida de un temblor nervioso, dejándose conducir pasivamente por Constanza, y sometiéndose á los solícitos cuidados que jamás había tenido para sí la solterona.

Cuando su sobrina se hubo calmado un poco, corrió á la cocina en busca de Frasquita.

- ¡Pero, señor, qué ocurre!, exclamó la sirvienta. Ya no tiene usted la cara de entierro que tenía, señora.

- ¡Lo que tengo... es que el casamiento se ha roto!, contestó Constanza, dejándose llevar al fin de toda su alegría. Jamás, no, jamás hubiera sido yo feliz, y ahora te lo perdono todo Frasquita.

La sirvienta arrojó sobre la mesa las cebollas que estaba pelando, y se puso en jarras, su postura favorita cuando algo la impresionaba.

- ¿Será posible?, exclamó. ¿Cómo, señora, se habrá dignado Dios escucharla? Pues bien: ¡yo no hubiera hecho otro tanto!

- No comiences á decir tonterías, Frasquita, replicó la solterona; ven conmigo y prepararemos una cama para Susana, porque mi hermano se ha encolerizado de tal modo, que nos ha despedido á las dos, y mi sobrina está aquí casi enferma.

- No entiendo una palabra, contestó Frasquita, apresurándose á obedecer. Explíqueme usted por qué no se casan, señorita.

- Siempre te dije, repuso la solterona, cogiendo unas sábanas de las más finas, que eso era imposible. No tengo detalles, pero mi sobrina está demasiado agitada para interrogarla ahora.

La joven experimentaba una especie de bienestar al abandonarse como una niña á los cuidados materiales de un afecto que, á pesar de los resentimientos cotidianos, la había conmovido tantas veces.

Sirvienta y señora velaron una parte de la noche, engañando el tiempo con su discusión sobre lo sucedido.

- Estoy muy desconsolada por ese pobre señor Preymont, dijo Frasquita, pues al fin y al cabo amaba de veras á Susana.

- ¡Bah, bah! Ya se consolará, contestó la solterona; pero el Sr. Saverne debe andar en el asunto.

- Y si fuese así, ¿qué haría usted, señorita, usted que pretende que?..

- He cambiado de parecer, interrumpió vivamente la solterona, y sobre todo quiero que nada contrarie á mi sobrina. Si ama al Sr. Saverne, le tendrá.

- A mí me parece, repuso Frasquita, que se convertirá fácilmente, pues siempre me escuchaba con mucha gracia.

Por la mañana se desvanecieron todas las incertidumbres por una carta de la señora de Preymont.

«Señorita, decía, envió á usted la carta que la superiora ha creído de su deber escribirme para ilustrarnos sobre los sentimientos de Susana; ella le dirá lo que usted no sabe tal vez aún de una manera positiva, y lo que yo considero como una necesidad comunicarla. Estoy segura de que usted obrará después según el impulso del tierno afecto que á su sobrina profesa. Tiene usted demasiado corazón para

no comprender mis sentimientos ante el dolor que agobia á mi hijo, y admitirá sin dificultad que yo pierda momentáneamente el valor para continuar las relaciones entre nuestras dos familias. - J. de Preymont.»
¡Pobre mujer! ¡Ya lo creo!, pensó Constanza. Ahora es preciso que vaya á ver á mi hermano.

- Si tanta pena tiene, no hubiera debido romper... ¿Habrá quien me explique por qué quiso casarse con su primo? A pesar de todo, siento haberla despedido de casa; que vuelva cuando quiera, pero habrá de consolarse aquí, porque yo no pago el viaje.
- Ya me encargaré yo de eso, contestó la soltero-



Preymont dejó caer la carta de su madre

El Sr. Jeuffroy no había cerrado los ojos en toda la noche, meditando sobre los innumerables disgustos que aquel incidente le ocasionaría. Sin embargo, arrepentíase de su violencia, temiendo los juicios de las personas conocidas, y además de esto, las quejas y el aire desconsolado de Susana habían removido en él una fibra que aún no estaba del todo muerta. Por eso recibió á su hermana sin cólera; pero después de leer las dos cartas que le llevaba, arrebato de nuevo, y las saludables impresiones de la noche se desvanecieron.

- ¡Se ha engañado respecto á sí misma! ¡Generoso móvil!., exclamó. No se entiende nada del galimatías de la superiora. ¡Cómo!.. ¿Hay otro hombre tras esas extravagancias?

- Es el Sr. Saverne... ¿Cómo no lo has adivinado, hermano mío?

- Decididamente esa muchacha está loca, completamente loca, contestó el Sr. Jeuffroy furioso; pero puede amarle todo cuanto quiera, pues no soy yo quien dará su consentimiento para que se case con un pelagatos que hace cuatro días me trató de...

El Sr. Jeuffroy juzgó inútil repetir la palabra de Saverne.

- Hermano mío, contestó Constanza, que no carecía de buen juicio ni de iniciativa cuando su corazón la guiaba, nada podemos hacer ante las circunstancias. Todo se sabe..., y habiéndose roto el matrimonio después de la última visita del Sr. Saverne, ya ves lo que se dirá. ¿Cómo harás para casar á Susana, si se cree que tiene en el fondo del corazón un amor contrariado?

El razonamiento llamó la atención del Sr. Jeuffroy, pero en un sentido particular.

- ¡Es verdaderamente una cosa insoportable tener una hija!, exclamó. Todo esto recaerá sobre mi cabeza, y soy el más desgraciado de los hombres. ¡Que se vaya al diablo!, porque ya estoy aburrido de ella; pero si se obstina en casarse con ese insolente, que no tiene un cuarto y me ha dicho... En fin, no solamente no daré mi consentimiento, sino que rehusaré dotarla.

- No se trata de eso ahora, contestó con prudencia la solterona. Entretanto me marchó con ella, porque es de todo punto necesario que se distraiga, y se halla en un estado espantoso, hermano mío; la he oído llorar toda la noche.

na apresuradamente, y tú me permitirás llevármela.
- ¡Haz como gustes!, contestó el Sr. Jeuffroy después de vacilar un instante; con tal que yo me vea libre de vosotras por ahora, quedaré contento.

Constanza no perdió un minuto, y á los pocos días, con gran sorpresa de Frasquita, había tomado sus informes y tenía ya alojamiento en Cannes.

- Pasaremos allí el invierno, Frasquita, aunque deba empeñar mi capitalito, dijo á su criada; pero como he retirado todos mis ahorros, pienso que esto bastará.

- ¡Cáspita, señorita, supongo que no va usted á gastar de una vez los ahorros de veinte años! ¡Y marchar así, á su edad!., eso da lástima!

- De salud no puedo estar mejor, contestó la solterona, y gastaré todo cuanto sea necesario para distraer á Susana. ¡Pobre niña!.. Después, cuando estemos allí, escribiré al Sr. Saverne, pues mi hermano acabará por consentir algún día. Cuando Susana le vea, no me dirá ya que si le hablo una sola vez de él se encerrará en un convento..., como me lo dijo ayer, cuando tuve la desgracia de pronunciar su nombre.

- A fe mía, la señorita Susana, repuso la sirvienta, no debe tener idea fija sobre cosa alguna. También yo hablé ayer con ella, y la dije que todo eso prueba que es preciso no cuidarse de los hombres, y que es preferible dar el corazón á Dios, pues por lo menos no hay temor de engañarse.

Susana, poseída de una profunda tristeza, dejaba á su tía obrar, ansiando tan sólo el momento de emprender la marcha; mas no quiso alejarse sin obtener noticias de Marcos.

Al verla entrar en su casa, la señora de Preymont se alarmó por el enflaquecimiento y la palidez de la joven; esta impresión y sobre todo el recuerdo de la última palabra de su hijo impidieronle expresar los amargos sentimientos que la dominaban; invitó á Susana á sentarse, pero no le ofreció su mano.

- ¿Me perdonará usted algún día?, murmuró la joven sin atreverse á mirar á la madre de Marcos.

- ¡Todos hemos errado, Susana, contestó la señora de Preymont con tono frío, y yo la primera, por desgracia!.. Ahora es preciso pensar en ti... Esta fué su última palabra al marchar.

- ¡Se ha marchado... y solo!, exclamó Susana con ansiedad.

— Piensas lo mismo que yo..., pero me ha dado su palabra de honor de que no atentará contra su vida, y se puede confiar en su palabra, Susana.

— Sí, replicó la señorita Jeuffroy con amargura, más que en la mía.

Dominadas por las emociones que una y otra deseaban reprimir, las dos mujeres permanecieron silenciosas hasta el momento en que la señora de Preymont dijo con cierta irritación:

— Hubieras podido dispensarme de este mal rato, Susana, porque era inútil dármele.

— ¡Ah, exclamó la joven, rompiendo á llorar, cómo había de alejarme sin expresar mis remordimientos y mi profunda pena, sin oír una palabra acerca de él!

— La cosa no tiene remedio, repuso la señora de Preymont con más dulzura. Si lloramos sobre la pérdida de una felicidad que él creía cierta, esto no es una razón, hija mía, para que tu vida se acibare.

Y añadió con un tono que recordaba la ironía de su hijo:

— El Sr. Saverne te ama..., y tú ya conoces ahora tus sentimientos.

— ¡Ah, señora!, exclamó Susana, no podía usted encontrar una palabra más cruel ni más penosa para mí. Me rebaja usted mucho si cree que yo soy capaz de pensar en mí cuando les veo agobiados á los dos... ¡Oh! ¡Por qué no estaré ya lejos de este país, donde no hubo para mí más que dolores y heridas de toda especie!

El lindo rostro de la joven estaba alterado por tan viva angustia, que la antigua ternura de la señora de Preymont se despertó de nuevo.

— Cálmate, dijo con dulzura, pues no he querido ofenderte. Las conveniencias y tu delicadeza no permiten sin duda que pienses en un proyecto formal; pero esta crisis aguda pasará, hija mía, y esto es cosa que él y yo hemos previsto ya.

Y al observar la mirada suplicante de Susana, la señora de Preymont añadió:

— Márchate persuadida de que más culpables que tú misma nos parecen las circunstancias.

Sin embargo, debían transcurrir largos meses antes de que Susana aceptase la idea de ver otra vez á Saverne, que advertido por Constanza había corrido al Mediodía, debiendo alejarse luego para no perder su causa.

No obstante, la solterona, convencida de que las resoluciones de su sobrina cederían más tarde, minaba en todas sus cartas la obstinación del Sr. Jeuffroy. Después de una prolongada resistencia, este último escribió á su hermana, diciéndole que como no era un padre desnaturalizado, consentiría en el matrimonio si su hija lo quería en absoluto; pero que solamente daría treinta mil francos de dote, pues no le agradaba que su fortuna fuese derrochada por un dissipador. «Susana verá más tarde, añadía, lo que es un padre prudente y previsor.»

«Mi hermano obra mal, pensó la solterona; pero cuando uno mismo ha hecho su fortuna, natural es empeñarse mucho en conservarla. Yo abonaré la diferencia con lo mío.»

Habían transcurrido el invierno, la primavera y una parte del verano, y Preymont había errado largo tiempo de país en país, experimentando una especie de asombro estúpido al observar el aire afanoso de las multitudes.

«¿Por qué se agitan así?, decía. ¿No saben acaso que esa precipitación es inútil, que una circunstancia tal vez frívola dará al traste con los esfuerzos de su voluntad, matando tal vez su dicha?..»

Sumido en una lúgubre desesperación, su espíritu se hubiera aniquilado en la sombría noche que le rodeaba si el poderoso resorte de su energía no le hubiese librado de una caída completa. Mas al recobrar poco á poco su dominio, adquirió de nuevo la actividad de pensamiento que le era propia; y vuelto á sus soledades y hacia la contemplación del profundo misterio de la vida, esa actividad, bajo las impresiones funestas del dolor y del desaliento, hizo naufragar un espiritualismo ya vacilante en un escepticismo desesperado. Sus ideas generales, de forma algo confusa, precisáronse y llegaron á ser una creencia determinada en una fuerza ciega, cuyas leyes son las mismas para los seres pensadores ó inconscientes.

A los países que parecían huir diciéndole: «¿Quién es ese desgraciado que pasa?», contestábase una voz desolada que se elevaba en su interior: «¡Nadie, no es más que uno de esos átomos que se pierden y se renuevan después en la marcha incesante del tiempo y el olvido del pasado!..»

El exceso mismo de su desaliento calmó su irritación; y su piedad por el hombre, después de haber pasado por los crisoles de sus pensamientos y de sus impresiones desesperadas, desarrollóse más y se extendió como el árbol lleno de vida, cuyas ramas arraigan por sí mismas en la tierra.

Largo tiempo había pensado en Susana con transportes de cólera y amargura, y después aquellos sentimientos se perdieron en la inmensidad de su dolor y de sus quejas. En las breves cartas que dirigía á su madre no citaba nunca el nombre de Susana, y la señora de Preymont, respetando escrupulosamente su deseo, evitaba toda alusión á la joven. Al fin se decidió á dirigir una pregunta directa, y supo que la señorita Jeuffroy, después de haber rehusado perentoriamente ver de nuevo á Saverne, habíase dejado convencer; pero que siempre sumida en su tristeza y en su remordimiento, rechazaba la idea de casarse.

«Tal vez una palabra tuya, Marcos, añadía la señora de Preymont, pondría término á una situación que es muy sensible que se prolongue más para ella; pero yo no aconsejo nada, pues yo misma no puedo sobreponerme á la amargura que el tiempo no ha dulcificado aún. Sin embargo, he creído de mi deber decirte que ella teme para ti que tu tristeza vaya en aumento, y que quisiera una palabra de perdón antes de consentir en el último paso.»

Al leer estas líneas, Preymont sonrió con desdén, aunque sintió latir su corazón más aceleradamente.

«¡Amargura!, se dijo..., de mi alma se desborda tal vez, pero no es contra ella.»

Al pronto no quiso escribir más que dos palabras; pero dejándose llevar al fin, comunicó á la señorita Jeuffroy una parte de los pensamientos que alimentaba, y que para él eran como una victoria alcanzada sobre sí mismo, cuando en realidad eran la señal de su derrota.

«¿Soy yo, Susana, quien ha de consolar á usted? ¿Soy yo quien debe dar la libertad á esa dicha que por delicadeza tiene usted alejada de sí? Sea usted feliz sin recelo alguno, pues usted fué la circunstancia fortuita y no la desgracia que quiere mi aislamiento. Algún día consentirá usted; es necesario, y fuera una puerilidad por mi parte retardar la alegría que le espera. La vida, esa vida incomprensible que se considera como un beneficio, le hace á usted señas para que se acerque más y apure sus seducciones: abandónese usted á ella desde ahora, porque es cruel y engañosa. Si tiene demasiado tiempo la copa entre los dedos, tema usted, pobre niña, que se rompa antes de que pueda llevarla á los labios. No se contriste usted más respecto á mí, pues la angustia más viva está vencida.»

«En medio de las leyes que constituyen la armonía de la naturaleza, usted y yo no tenemos más sitio que la planta que muere y se renueva. ¿Por qué la he de hacer sufrir? Hay sabios, Susana, que pensando á menudo en todos los seres que han pasado y pasarán, pierden en esa contemplación la idea de su propia importancia; dominan, apoyados en este gran pensamiento, las más fuertes pasiones, y bajo su imperio aprenden á sonreír con bondad y con pasión ante el doloroso tumulto humano. Si yo no llego jamás á cierto grado de su sabiduría, encuentro, no obstante, en mi piedad por las aceptaciones estúpidas y la misma impotencia del hombre, el valor necesario para desear la felicidad de usted. Y vea cómo por última vez la inicio tranquilamente en mis pensamientos; me parece bueno comunicárselos, y sepa que á mí me hacen mucho bien. Tal vez le extrañen á usted, porque no corresponden á sus creencias; pero debo advertirle que desarrollando mi juicio, me dan la fuerza para pedir á usted que sea feliz..., usted que fué un instante mi alegría y mi existencia!.. He perdonado, querida Susana, y no se atormente usted más; porque el hombre, el amigo que la tuvo en sus brazos cuando era niña, es el mismo que la escribe estas últimas palabras. — Preymont.»

En esta carta, la señorita Jeuffroy vió el principio de una tranquilidad que la llenó de alegría, y parecióle que el giro filosófico del espíritu de Preymont, aunque la resintiese en sus propias ideas, era la garantía que le aseguraba volver á la vida de animación que tan ardientemente apetecía. Acompañándola con algunas sentidas palabras, Susana envió la carta á la señora de Preymont; pero lo que la inexperience de la joven no vió, el amor de la madre supo sondearlo en toda su profundidad, para llorar después sobre el aniquilamiento moral de un hombre á quien ya no quedaba nada.

Dos meses después, cuando la señora de Preymont se vió obligada á comunicar á su hijo que la señorita Jeuffroy se había marchado definitivamente, le escribió lo que sigue:

«Esta mañana, querido Marcos, al volver de la iglesia, varias mujeres y obreros me han rodeado para preguntarme si te verían pronto. En su tono se notaba un interés de que hubiera querido enviarte el eco, porque me ha hecho bien. Todo el mundo te reclama, y hasta los niños se han acercado á mí para

decirme tímidamente que quisieran volver á verte. Todos saben que la debilidad te atrae, y te aman...»

«Vas á reírte de las debilidades de tu anciana madre, pero esas cuestiones me han inspirado la creencia casi supersticiosa de que ibas á llegar de pronto; pues ahora, Marcos, puedes volver. He subido á tu habitación para ver si estaba como á ti te gusta; he mirado un poco por todas partes con una antigua y una nueva tristeza, y después me he sentado junto á tu ventana, entregándome largo tiempo á mis reflexiones. ¿Sabes adónde iba mi pensamiento? Te seguía á tus soledades, y mi corazón contristado oía al tuyo murmurar: «Todo vive, todo respira, excepto yo.» Comprendía la espantosa desanimación que encubren los pensamientos de tu filosofía, pues he leído la carta que escribiste á Susana; y te veía socavando la desesperante idea de que el hombre no es sino una sombra, que no tiene más importancia que la planta cuando se disuelve. Pero la planta no tiene lágrimas ni penas, y nada es más grande que tu dolor, hijo mío. Este se eleva en una esfera especial, impide zozobrar del todo en la bajez de la vida, y es esa alta dignidad que no permite creer que somos semejantes á la hoja que desaparece. Los pensamientos giran en los mismos círculos desanimadores; generaciones enteras se inclinan ante ideas y costumbres que con ellas se perderán; pero el dolor queda, y en todos tiempos realza al hombre sobre el nivel en que su desaliento, ante su pequeñez, tiende á sepultarle. Mira, yo creo, y lo creo firmemente, que todos mis sollozos están contados, y que ese misterioso sufrimiento es el pórtico de otra existencia. Abrigo la esperanza de que algún día crearás que tu compasión por la humanidad no es solamente el resultado práctico de una alta especulación, sino una gota extraviada del manantial divino que tú rehusas reconocer.»

«Tal vez sonrías al leer la filosofía de una mujer anciana que la tomaría de su instinto si no fuese la de su fe; pero yo tenía necesidad de comunicarte estos pensamientos. ¡Hace tanto tiempo que no he visto tus facciones queridas, y que no me ha sido posible observar las señales de la desesperación, para la cual quisiera una esperanza!»

«Adiós, hijo mío. ¿Qué puede para ti mi ternura? ¡Ay de mí, tan sólo comprenderte y amarte!»

Preymont dejó caer la carta de su madre, admirándose del suave soplo que se había deslizado un instante sobre la aridez de sus pensamientos. Una ligera duda combatía por primera vez desde hacía largo tiempo las tristes certidumbres sobre que su inteligencia se había fijado, y la palabra ¡tal vez! pasaba ante sus ojos como una luz vaga y trémula en medio de espesa niebla.

TRADUCCIÓN DE ENRIQUE L. DE VERNEUIL

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOCOMOCIÓN AÉREA EN KNOXVILLE (ESTADOS UNIDOS)

En la ciudad de Knoxville, que en otro tiempo fué capital del territorio de Tennessee, está en explotación desde hace algún tiempo un verdadero carril aéreo que sirve para cruzar el río Tennessee y pone en comunicación aquella ciudad americana con la opuesta orilla.

Uno de los extremos de la cuerda por donde los vehículos circulan está situado á 110 metros de altura sobre la superficie del río.

El vagón que hace el servicio de pasajeros y que puede contener 16 personas tiene una longitud de unos cuatro metros y delante y detrás hay plataformas abiertas como en los coches de los tranvías ordinarios.

El vehículo cuelga de dos cables de alambre de 30 milímetros de grueso por los cuales se desliza, y es arrastrado por un tercer cable, de alambre también, como los funiculares comunes.

Estos cables, cuya longitud total es de algo más de 300 metros, están sólidamente amarrados en sus dos extremos y tienen una resistencia de 120 toneladas, de suerte que aun cuando los vagones vayan llenos es imposible la ruptura de los mismos, puesto que el coche con los pasajeros apenas pesa 2.000 kilogramos.

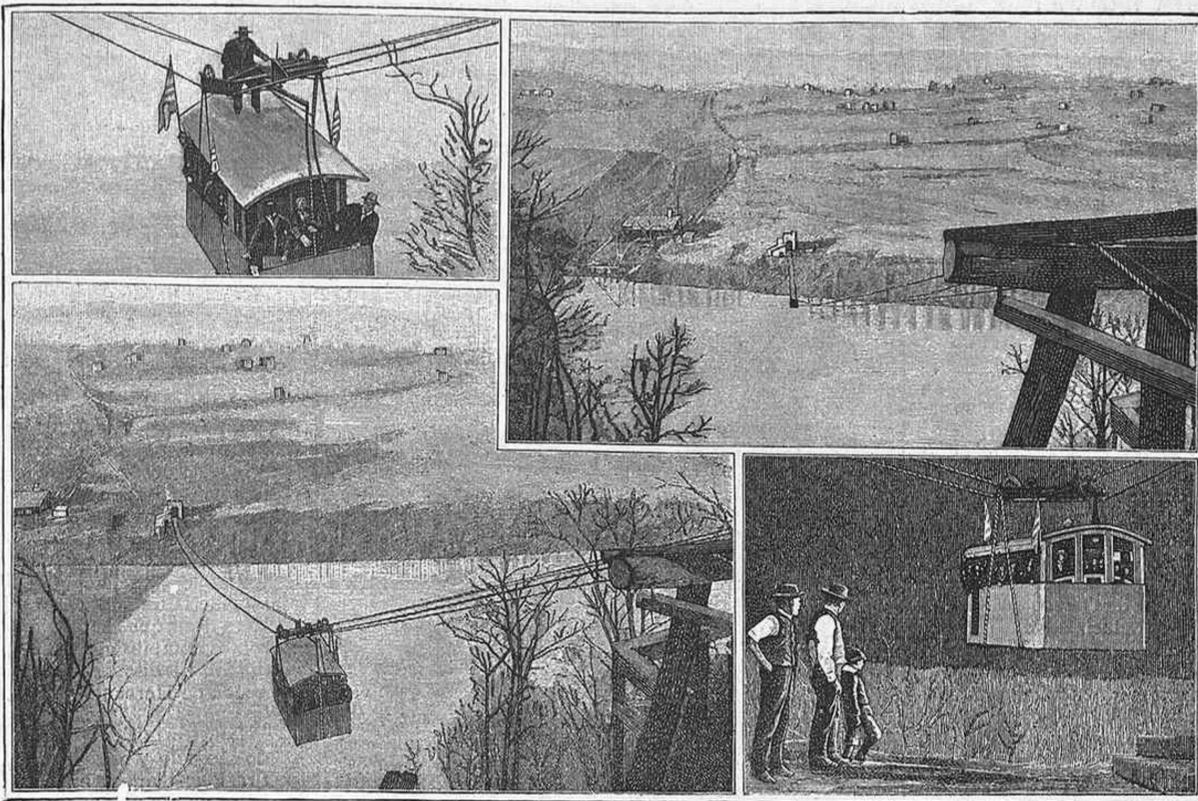
Para el caso de que el cable de arrastre se rompiera ó se abriese la abrazadera que produce el movimiento del vagón hay dispuestos varios frenos automáticos que paran instantáneamente el vehículo. Hace poco estos frenos hubieron de funcionar, pues cuando el coche había llegado casi al término de su viaje, por una circunstancia ignorada abriose la abrazadera que une el vagón con el cable de arrastre y el vehículo empezó á retroceder con velocidad vertigi-

nosa, pero al poco rato quedó automáticamente parado. Los pasajeros, como puede suponerse, se encontraron en una situación tan incómoda como comprometida y hubieron de bajar del coche, desde una altura de 60 metros por medio de cuerdas, descendiendo así hasta el río, en donde fueron recogidos por un bote.

La fuerza necesaria para mover el cable y por consiguiente el vehículo la proporciona una máquina de vapor, compuesta de dos máquinas de 20 caballos de fuerza cada una.

El recorrido en la dirección ascendente se hace en unos tres minutos y medio: en dirección descendente, gracias á la fuerza de gravedad del coche, se verifica en unos 30 segundos.

Nuestro grabado reproduce algunos detalles



Locomoción aérea en Knoxville, Tennessee (Estados Unidos)

de este sistema de locomoción aérea, que es una nueva prueba de que en América, especialmente en los Estados Unidos, son posibles medios de locomoción que entre nosotros apenas se conciben prácticamente.

En efecto, si en Europa alguien se propusiera establecer el sistema que en Knoxville funciona, tropezaría en primer lugar con las leyes, que seguramente no le permitirían instalarlo; pero aun suponiendo que llegara á obtener la concesión necesaria, de fijo que el negocio sería de malos resultados, porque no es aventurado afirmar de antemano que el público se mostraría muy poco dispuesto á utilizar, como no fuera en casos excepcionales, este sistema de locomoción, que no deja de ser ó por lo menos parecer peligroso. — M.

APIOL
de los D^{tes} JORET & HOMOLLE
El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D^{tes} JORET y HOMOLLE.
MEDALLAS Exp^{tes} Univ^{ers} LONDRES 1882 - PARIS 1889
Far^m BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
y toda Afección Espasmódica de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
J. FERRÉ y C^{ia}, 700, 102, R. Richelieu, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
MONTANER Y SIMON, EDITORES

QUINA ANTI-ROCHER
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. — Depositó ROCHER, Farmaceutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.
En Barcelona: Vicente Ferrer

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS
CASTRITIS - CASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE
contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Graageas de BERGOTINA BONJEAN
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
Las Graageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA: son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Vino de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD** y Comprimidos de Exalgina
Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA
COLORES PALIDOS
RAQUITISMOS
ESCROFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Exigirse la Firma y el Sello de Garantia. — Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

VELOUTINE FAY
El mejor y mas célebre polvo de tocador
POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
por Ch. Fay, perfumista
9, Rue de la Paiz, PARIS

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

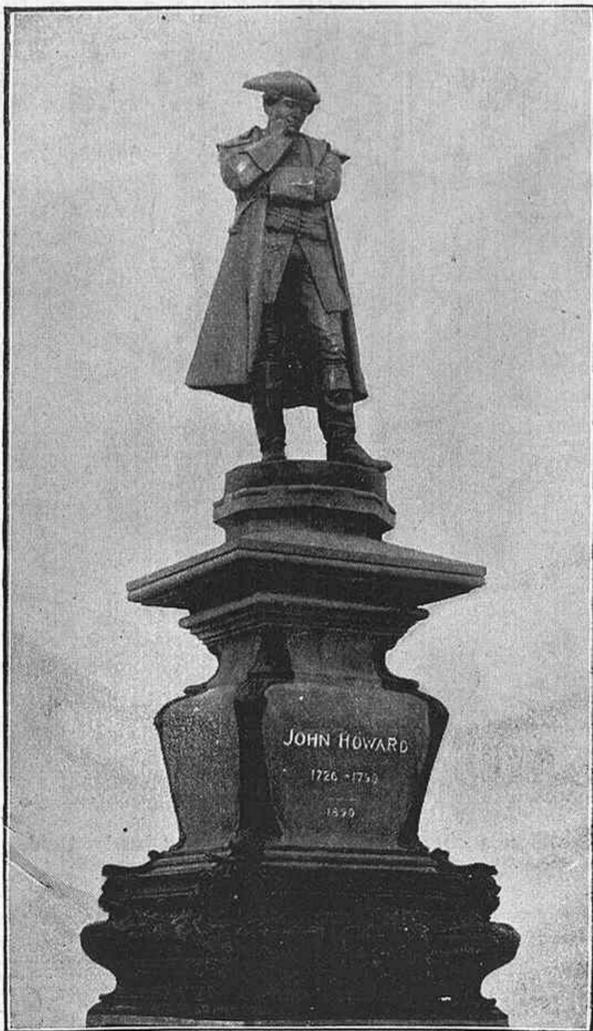
POR AUTORES Ó EDITORES

ENTRE VIVOS Y MUERTOS, por A. Sánchez Pérez. — Aunque se trata de un querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, el nombre del Sr. Sánchez Pérez es garantía suficiente para que no se crea que nuestros elogios están inspirados en un afecto propenso casi siempre á la parcialidad. Por esta razón diremos sin temor alguno que su novela interesa en grado sumo y que además de interés tiene mucha miga y hay en ella algo y aun algo que desde el punto de vista social y político merecen cierta meditación. En cuanto al lenguaje, es digno del Sr. Sánchez Pérez, y con decir esto creemos hacer el mejor elogio de la prosa elegante y sencilla de *Entre vivos y muertos*, en cuyos diálogos se admira una naturalidad que no siempre aciertan á darles aun escritores de nota. El libro se vende á tres pesetas.

TRATADO DE LAS PRUEBAS, por F. Ricci. — Es este un libro de utilidad grandísima para abogados, jueces, magistrados, registradores y notarios: no se trata en él de mera filosofía de las pruebas, sino de casos particulares, reales y efectivos, de los que constantemente ocurren en los tribunales, señalando la solución de las leyes civiles, mercantiles y procesales y las decisiones de jurisprudencia. En esta forma estudia y resuelve el ilustre Ricci 487 casos prácticos. A fin de que este libro resultase completamente útil en España, los sabios catedráticos de la Universidad de Oviedo señores Builla y Posada no se han limitado á traducirlo, sino que, además, lo han anotado y concordado según la legislación y jurisprudencia españolas, haciendo de esta obra el repertorio más completo que se conoce en la materia. Editada por D. J. Lázaro (Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid), forma dos voluminosos tomos, que se venden á veinte pesetas.

LA ESCUELA CRIMINOLÓGICA POSITIVISTA, por Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti. — El mayor elogio que puede hacerse de este libro es citar los nombres de sus autores, que son los cuatro más famosos criminalistas italianos y á quienes se considera universalmente como cuatro de las más grandes lumbreras de la ciencia jurídica contemporánea. Esto solo justifica la excepcional importancia de esta obra para conocer las corrientes modernas del derecho y lo que es y lo que se propone la nueva escuela penal. Editado por la importante casa de Madrid *La España Moderna*, véndese el tomo á siete pesetas.

PRO PATRIA. — El último número de esta importante revista que dirige el conocido escritor D. José Marco, contiene



Monumento erigido en Bedford á la memoria de Juan Howard

notables trabajos de Balaguer, Lola Rodríguez de Tio, Arruche, duque de Rivas, Fastenrath, Marqués de la Vega de Anzó, Sancho y Gil, Felú y Codina, Sánchez Pérez, Leonce Cazeuben, García Llansó, Enseñat, y notas políticas, científicas y bibliográficas por Sinesio, Learner y Amando. — Suscríbese á esta revista en las principales librerías y en la Gerencia, Claudio Coello, 3 antiguo, Madrid.

CARTAS AMATORIAS de la monja portuguesa Mariana Alcoforado, dirigidas al conde de Chamilly. — Estas cartas están consideradas como las más notables entre las muchas de amor que se han impreso desde las de Eloísa hasta nuestros días. El entusiasmo de los primeros tiempos forma en ellas terrible contraste con la desesperación producida por el abandono del hombre amado, el famoso conde de Chamilly, cuando llegó á ser gran Mariscal de Francia. De esta bellísima obra, editada por *La España Moderna*, sólo se han tirado 200 ejemplares en magnífico papel, que se venden á tres pesetas uno.

LA ACCIÓN PARTICULAR EN EL MOVIMIENTO PEDAGÓGICO DE LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA, por Rafael M. de Labra. — En obsequio de la mesa del Congreso Pedagógico celebrado con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América, varios socios del Fomento de las Artes, de Madrid, organizaron un banquete, en el cual el eminente hombre público Sr. Labra pronunció un hermoso discurso sobre el tema que sirve de epígrafe á estas líneas. Dado el interés de la materia tratada y la especial competencia del orador, ocioso es decir que el trabajo que nos ocupa es bajo todos conceptos notabilísimo y muy digno de ser profundamente estudiado. El discurso ha sido publicado en folleto por la casa Viuda de Hernando y C.^a, de Madrid.

LA PUBILLA, por Federico de Puig-Samper. — El distinguido abogado y notario de los ilustres colegios de Barcelona Sr. Puig-Samper ha publicado el discurso que en 24 de febrero último pronunció en la Academia de Jurisprudencia y Legislación de esta ciudad, de la que es académico de número. Conocida es la competencia del Sr. Puig-Samper en materias jurídicas y especialmente de derecho catalán, que ha estudiado profundamente; no es, pues, de extrañar que su trabajo de costumbres catalanas sobre tema tan interesante como *La pubilla* resulte un estudio notabilísimo, así por la doctrina en él expuesta como por la vasta erudición de que en el mismo hace gala su autor, el cual se constituye en defensor de esa institución, una de las más características de nuestra tierra. El discurso del Sr. Puig-Samper está, además, escrito en estilo elegante y castizo que avalora la bondad del fondo.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los ACCESOS.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 GRANDE ESQUEMA

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA
 Dosadas á Ogr. 125 de Polvo.
 Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. — Muestras gratis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

Enfermedades de la Vegiga
 Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia,
 Retención, Cálculos nefríticos, curados por las
PILDORAS BENZOICAS ROCHER
 Fl. 5 francos. ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, Paris.
 Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1Peseta.
 En Barcelona: Vicente Ferrer

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{le}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Depósito en todas las principales Boticas y Droguerías

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar : la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida : el Vigor, la Coloracion y la *Energia vital*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El *JARABE DE BRIANT* recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abaloes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY
 destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria